

Paisaje Urbano y Desastres

Jorge Damián Morán Escamilla

Doctor en Ciencia Social con especialidad en Sociología.

Investigador Asociado en el Centro del Cambio Global y la Sustentabilidad en el Sureste (CCGSS), A.C.

jorgemorane@gmail.com

Fecha de recepción: 15 de mayo de 2013

Aceptación final del artículo: 10 de octubre de 2014

La relación paisaje-desastres ha sido poco estudiada, particularmente en espacios urbanos. El paisaje es, por un lado, planteado como una representación de formas y procesos que explican la diversidad de relaciones sociales y la estructura física presente en un espacio y tiempo determinado. Por otro lado, el desastre se constituye en una forma de paisaje debido a que manifiesta condiciones de riesgo y vulnerabilidad que subyacen a la vida cotidiana; así como la manera en que los individuos se apropian del espacio, la manera en que se relacionan entre sí y el tipo de prácticas que reproducen en él. En resumen, el desastre es un productor de nuevos paisajes urbanos.

Palabras Clave: Paisaje urbano, desastres, sismos e inundaciones.

Urban landscape and disasters

Landscape-disaster topic has been scarcely explored, particularly in urban spaces. On one hand, landscape is a representation of practices and processes that explain different social relations and physical structure in a specific space and time. On the other hand, disaster is another kind of landscape because it expresses risk and vulnerability conditions that lie beneath everyday life, as well as the way people take possession of space, their practices and kinds of relationships they reproduce. In short, disaster determines and produces new forms of urban landscapes.

Keywords: Urban landscape, disaster, earthquakes and floods

Introducción

El propósito del presente trabajo es mostrar la relación entre dos temas cuyo abordaje ha carecido de atención en los estudios urbanos, la sociología y en aquellos estudiosos preocupados por los desastres. Si bien cada una, por sí misma, constituye una línea de investigación, este trabajo tiene como objetivo proponer su integración como una posible línea de estudio a desarrollar.

Así, el vínculo que este trabajo concibe entre desastres y paisaje urbano está mediado por, al menos, tres consideraciones. Primero, el desastre se constituye, en sí mismo, en una forma de paisaje que, de acuerdo con la noción de Wilches-Chaux, saca a la luz una serie de elementos que subyacen a la vida cotidiana de las comunidades (Wilches-Chaux, 1993: 12); lo cual permite hacer perceptibles a quienes, previo al desastre, se consideraban invisibles. Por lo que éste, segunda consideración, se vuelve un productor de múltiples paisajes y, en ese sentido, representan una oportunidad para reconfigurar espacios (urbanos). Asimismo, el paisaje expresa y representa la(s) forma(s) en que los individuos se relacionan socialmente, siendo éste un elemento implícito dentro de los dos anteriores.

Por lo tanto, si consideramos que el paisaje urbano es una construcción social producto de la intervención de arquitectos, planeadores y urbanistas en un espacio determinado y a la concepción de diversos autores –como Luhmann, Beck y Giddens– (Luhmann, 2006; Beck, 2006; Giddens, 2004)¹ sobre los desastres como un constructo social,² entonces, es posible plantear una convergencia de ambos temas en la artificialidad de las ciudades modernas.

En ese sentido, Zukin plantea que el paisaje no sólo tiene un significado geográfico, de alrededor físico, también refiere a una serie de representaciones simbólicas sobre el conjunto de prácticas sociales y elementos materiales que lo conforman. Por eso, “el paisaje representa la arquitectura de las relaciones sociales entre clase, género y raza, las cuales son interpuestas por instituciones poderosas”. Por esta razón, el paisaje está mediado, simbólicamente y materialmente, tanto por una diferenciación como por una homogeneidad socio-espacial que responde, en el primer caso, a una cuestión de mercado y, en el segundo, a la ubicación de la fuerza de trabajo en un lugar y dentro de la escala social (Zukin, 1991: 16). Esto se vuelve evidente en los procesos de desastre porque estos muestran, a su vez, el tipo de sociabilidad y el nivel de riesgo que los individuos asumen al ocupar espacios poco propicios, a los cuales han sido confinados directa o indirectamente por las autoridades mediante actos de concesión, omisión de las normas, instrumentación de políticas públicas o por la ausencia de éstas.

¹ Para estos autores, los desastres son una consecuencia de la modernidad. De esta forma, Beck considera que “la sociedad se nutre de los propios riesgos que produce, creando situaciones de peligro que cuestionan las bases de la modernización” (Beck, 2006: 80). Asimismo, se plantea una contraposición entre naturaleza y sociedad en la que la primera ya no puede ser pensada sin la segunda y viceversa. Por lo que “la naturaleza se ha convertido en un producto histórico” (Beck, 2006: 113). En ese mismo sentido, Giddens refiere que “la modernidad está construida por la aplicación de conocimiento reflexivo pero la ecuación conocimiento-certidumbre resultó ser errónea”. Ello se debe a que nos encontramos en un mundo totalmente construido; razón por la cual nunca se puede estar seguro de que ese conocimiento no será cuestionado en algún momento (Giddens, 2004: 46). Esto lo lleva a considerar la conformación de un entorno creado que, aunque es físico, ha dejado de ser natural. Por ello, además del “entorno construido de las áreas urbanas, los paisajes están sujetos a la coordinación y el control humano” (Giddens, 2004: 64).

² Construcción social en sus dos vertientes: material y conceptual.

De esta forma, planteamientos como el de Sorre –sobre la comprensión de la ciudad no sólo a partir de sus monumentos y la historia inscrita en sus piedras, sino en la forma de ser de sus habitantes (Sorre, 1962: 54) –, y el de Zukin, sugieren interrogantes acerca de 1) cómo es construida la ciudad, 2) la exposición de su población, ante diversos riesgos, como resultado de dicha construcción y 3) la manera en que estos sujetos hacen frente a ello, toda vez que, de acuerdo con Macías, el mayor riesgo al que puede verse expuesta una sociedad o un segmento de la misma son los desastres (Macías,1992: 63).

Aunque suele entenderse por desastre a aquella situación en la que se interrumpe, de manera seria, el funcionamiento de una comunidad o sociedad, como resultado de la manifestación de un fenómeno natural o por la acción del hombre,³ y en la cual se ve superada su capacidad para enfrentar con sus propios recursos esa circunstancia (EIRD, 2009: 13); éste es resultado de un amplio proceso que suele abarcar diferentes etapas en las que el momento de emergencia, o comúnmente llamado desastre, es sólo una fase en la que se manifiestan las condiciones de riesgo⁴ y vulnerabilidad que dieron pie al mismo. Además, el desastre, como proceso, no acaba con la emergencia porque la etapa de reconstrucción y recuperación forman parte de éste.

De acuerdo con Wilches-Chaux, la incapacidad de una comunidad para hacer frente a estas situaciones se debe, precisamente, a la conjunción de riesgos y a su interacción con una serie de factores y características particulares de los espacios sociales, a los que el autor denomina vulnerabilidad global (Wilches-Chaux, 1993: 22).⁵ Dichas condiciones, inherentes a la sociedad, se vuelven visibles a través de los desastres, por lo que éstos permiten hacer referencia a la forma de organización social, al territorio, al medio ambiente, a la planeación y al paisaje urbano.⁶

Para tales fines, se ha decidido abordar dos situaciones de desastres producidos en la Ciudad de México, en momentos diferentes, con repercusiones espacio-temporal

³ En el caso de los segundos, desastres generados por la acción humana, también son denominados antropogénicos, los cuales son “resultado de las actividades sociales, productivas y del avance tecnológico que conlleva el uso de compuestos y agentes químicos inflamables, explosivos o contaminantes” (Bitrán, 2001: 68). Algunos autores se refieren a éstos como riesgos o desastres tecnológicos.

⁴ De acuerdo con la EIRD, “el riesgo es la combinación entre la probabilidad de que se produzca un evento y se presenten consecuencias negativas” (EIRD, 2009: 29). No obstante, este término adquiere múltiples definiciones, en función del contexto en el que es empleado.

⁵ Para el autor, la sociedad se enfrenta a diversos tipos de vulnerabilidades (natural, física, económica, social, política, técnica, ideológica, cultural, educativa, ecológica e institucional), las cuales están estrechamente vinculadas entre sí y conforman una vulnerabilidad global (Wilches-Chaux, 1993).

⁶ Para Sorre, espacio urbano y paisaje urbano están estrechamente asociados. “Se dice indistintamente que el espacio urbano es un atributo del paisaje urbano o que el paisaje es una característica del espacio urbano” (Sorre, 1962: 11). Por esta razón, aquí se hablará de uno u otro sin establecer distinción.

distintas. En el primer caso se abordan los sismos de septiembre de 1985, los cuales –a pesar de haber producido grandes daños en las delegaciones (municipalidades) centrales– tuvieron repercusiones no sólo para gran parte de la ciudad sino también para el país, generando diversas consecuencias a largo plazo. Por su parte, el segundo caso aborda la situación producida por las inundaciones de febrero de 2010 en la colonia El Arenal,⁷ delegación Venustiano Carranza, al oriente de la ciudad; las cuales, al parecer, no provocaron consecuencias importantes en el largo plazo debido a la concentración de efectos en determinados segmentos de la población y en algunos niveles de gobierno. Pese a tratarse de un área adyacente al Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México, de un bastión político para el gobierno delegacional y para el gobierno de la capital, no parece haber generado secuelas importantes.⁸

En ese sentido, se trata de desastres generados por dos fenómenos naturales sumamente disruptivos, los cuales son la principal fuente riesgo para la ciudad de México y para distintas partes del mundo.⁹ Aunque ha habido otras situaciones de desastres, éstas adquieren relevancia por la magnitud y la relación que se puede plantear a partir de las diferentes consecuencias de un desastre. En el caso de la colonia Arenal Puerto-Aéreo, ésta fue un espacio constituido ex profeso para la reubicación de personas afectadas por los sismos de 1985, aunque no se puede establecer una relación directa entre los sismos de 1985 y las inundaciones que esta zona presentó en 2010. Se puede señalar cómo es que esta medida repercutió en la respuesta y la forma en que los individuos la experimentaron.

Por lo que la relación desastre-paisaje se puede plantear no sólo como paisaje (en sí mismo) o productor de espacios sino como una forma de relación social. En ese sentido, en este trabajo se abordan tanto los elementos antes señalados como el tipo de relación que se construye al interior de una comunidad o sociedad, las condiciones sociales de los espacios y la heterogeneidad de las experiencias que dan pie a múltiples paisajes –los cuales tienden a confundirse en la homogeneidad del paisaje generado y producido por el desastre–; debido a la complejidad y

⁷ Una sección de esta colonia está edificada sobre un espacio –antiguos hangares– que pertenecía al Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México. Aunque recibe el nombre de El Arenal Puerto-Aéreo, la mayoría de las personas se refiere a ésta como casitas por sus orígenes y la estructura que guarda.

⁸ Una posible explicación es la transferencia de responsabilidades que el gobierno de la capital ha imputado al federal sobre las mismas. Para algunos habitantes, las inundaciones obedecieron a su ubicación, es decir, para evitar que el aeropuerto se inundara, las autoridades decidieron inundar esta zona mediante el cierre de las compuertas del drenaje.

⁹ En América Latina, hasta la década de 1990, las inundaciones fueron el principal factor de riesgo, seguido de los terremotos (Lugo e Inbar, 2002: 14). Tendencia que parece mantenerse en el presente siglo, toda vez que entre 2000 y 2009 42 por ciento de la población mundial fue afectada por inundaciones; mientras que los sismos cobraron 58 por ciento de las muertes relacionadas con algún fenómeno natural, en el mismo periodo (CRED, 2011). Estos fueron los porcentajes más altos en términos de afectaciones y decesos.

extensión de la ciudad se tienen, por lo tanto, un paisaje individual (el que los individuos perciben) y un paisaje social (determinado por el tipo de relación social) mediados, ambos, por el riesgo y el desastre.

La construcción de una ciudad y del riesgo de desastre¹⁰

El riesgo de desastre que representan los sismos y las inundaciones en la Ciudad de México ha sido un proceso de construcción histórico dada por 1) la decisión de edificar la misma en lo que fue un lago, 2) la determinación de mantenerla en el mismo lugar y 3) la expansión que ha experimentado. Si bien, sus características físico-geográficas constituyeron una ventaja para el desarrollo de la actividad humana también representaron condiciones de riesgo ante ciertos fenómenos naturales,¹¹ a los que se han sumado aquellos que produce la acción del hombre o llamados riesgos tecnológicos;¹² lo cual da muestra tanto de la vulnerabilidad como de los riesgos que asumieron sus fundadores y que aceptamos, consciente o inconscientemente, sus actuales moradores.¹³ De esta manera, la cuenca de México

¹⁰ El riesgo de desastre es definido, por la EIRD, como “la posibilidad de pérdidas que generaría un desastre en una comunidad o sociedad en particular”. En esta definición, además, se hace referencia al desastre como una consecuencia de diversas condiciones de riesgo, presentes de forma continua (EIRD, 2009: 30).

¹¹ Además de los sismos e inundaciones, la Ciudad de México presenta un riesgo volcánico; el cual fue el causante de la transformación que la misma experimentó hace 700,000 años, al pasar de un valle a una cuenca. Esta “cuenca se formó luego de 50 millones de años de intensa actividad volcánica asociada a numerosos y extensos hundimientos tectónicos” (Carballal y Flores, 2004: 28). Actualmente, el único volcán activo es el Popocatepetl, ubicado fuera de la ciudad, cuyas afectaciones se limitarían –de acuerdo con las autoridades de protección civil– a la caída de ceniza sin material incandescente.

¹² Para Mitchell, dada la gran variedad de amenazas tecnológicas, existe la posibilidad de que nuevas o inusuales combinaciones de amenazas naturales y tecnológicas muestren un espiral ascendente. Por lo cual, considera que tres clases de amenazas tecnológicas plantean diversos problemas cuando se combinan con amenazas naturales: 1) sustancias o actividades que fueron consideradas como inofensivas o benignas, hasta que la evidencia científica o la experiencia humana mostró lo contrario, implican amenazas insospechables; 2) una inadecuada gestión de amenazas conlleva a diversas fallas en los sistemas de control de las mismas; 3) hay amenazas destinadas a causar daños y ser usadas de manera consciente con este propósito, esto incluye sabotaje, incendios y guerras (Mitchell, 1999: 35).

¹³ Alejandro Linayo se plantea, para el caso de las inundaciones y deslizamientos de tierra que experimentó el estado de Vargas (Venezuela en 1999), una metáfora sobre desastres en la que se refiere a éstos como “una prueba de nuestra incapacidad para convivir con el territorio [...] los espacios que ocupamos, los habitamos en condiciones de inquilinos y en el contrato de arrendamiento –que se nos entrega– se advierte que algunos de esos espacios serán objeto de eventos (terremotos, tormentas, erupciones, deslizamientos, etc.) propios de la dinámica de estas áreas. Por lo que es necesario entender que, de no respetar algunas reglas básicas, deberemos inexorablemente seguir pagando en el futuro facturas importantes en vidas y bienes materiales” (Linayo, 2009).

pasó de un paisaje semi-natural a un paisaje artificialmente construido que expone a sus residentes a desastres por sismos e inundaciones.



Raíces. La Isla de México en el Siglo XVI. Agustín Uzárraga



Actual Ciudad de México. Michael Calderwood

En el caso de los sismos, como lo señala Suárez, “la Ciudad de México no ha sido ajena a frecuentes y grandes movimientos telúricos.¹⁴ Aunque muchos ocasionaron daños de consideración, nunca se había visto una destrucción de la magnitud y extensión como la sufrida en septiembre de 1985” (Suárez y Jiménez, 1988: 7).¹⁵

¹⁴ El autor refiere que “a causa de la debilidad y alto contenido de agua en los suelos de la ciudad, lecho fangoso del antiguo sistema de lagos, las ondas sísmicas que arriban a ella quedan atrapadas en éste [...] generando amplificaciones en el movimiento del terreno. En el caso del terremoto de septiembre de 1985, éstas llegaron a ser hasta 50 veces más grandes en el lecho del antiguo lago que las vibraciones sentidas en las zonas topográficas más altas de la ciudad” (Suárez y Jiménez, 1988: 7).

¹⁵ Algunos de los sismos de gran intensidad que han afectado a la Ciudad de México son: 1475 (temblores que arruinaron casi todas las casas y edificios de la cuenca), 1496 (se produjeron grietas en la tierra), 1589 (en Coyoacán se cayó el convento de los dominicos), 1611 (se cayó parte del convento de San Francisco), 1653 (destruyó parte de la Iglesia de Azcapotzalco), 1711 (largo

Por lo que respecta a las inundaciones, éstas obedecen –entre otras razones– a la falta de una salida natural y a la construcción de diversas obras hidráulicas que, desde el siglo XIV, buscaron el control de los niveles del agua para evitar, principalmente, las inundaciones.¹⁶ Si bien, los aztecas fueron los primeros en modificar las condiciones naturales del entorno, es con los españoles con quienes comienza el mayor proceso de transformación del paisaje y, como consecuencia de ello, en el comportamiento de la cuenca; toda vez que, a diferencia de los primeros, los españoles no buscaron coexistir con el entorno sino dominarlo e imponerse al mismo.¹⁷

En ese sentido, Carballal refiere que aunque las inundaciones registradas en la época prehispánica pudieron ser más frecuentes, sus efectos eran atenuados por las obras hidráulicas y al mantenimiento de las mismas; mientras que en el caso de los españoles, el desconocimiento de la cuenca, el mal mantenimiento de las obras, así como una cultura y necesidades diferentes,¹⁸ como lo señala Mitchel cuando alude a la mala gestión de las amenazas (Mitchel, 1999: 35), fueron factores

terremoto que derribó casas y edificios), 1768 (se vaciaron las fuentes), 1776 (se reportaron daños en la Casa de Moneda, la Catedral, el Palacio Real y el Palacio del Arzobispado), 1800 (daños en varias iglesias, casas de la ciudad y en Palacio Nacional), 1818 (daños en puentes, cuarteles y edificios), 1845 (daños en Palacio Nacional, la Cámara de Senadores y la Universidad), 1858 (lo padecieron casi todas las casas y edificios de la ciudad), 1911 (se derrumbó el cuartel de San Cosme, el altar de la Iglesia de San Pablo y provocó la caída de muros en varias partes de la ciudad), 1957 (destruyó varias casas y edificios, derrumbó el Ángel de la Independencia), 1979 (daños en la colonia Roma, destruyó la Universidad Iberoamericana) (Suárez y Jiménez, 1988: 47). Para una mayor descripción de los sismos ocurridos en México, véase el trabajo de Virginia García Acosta y Gerardo Suárez (1996), *Los sismos en la historia de México*.

¹⁶ Estas obras tuvieron –en un inicio (siglo XIV) – otros propósitos, entre ellos: el poblamiento lacustre, la navegación de las aguas, evitar sequías y el desarrollo de la agricultura mediante el uso de chinampas (Rojas, 2004).

¹⁷ Aunque las inundaciones de 1629 plantearon la posibilidad de reedificar la ciudad en otra parte, pues se estaba consciente de lo inadecuado del terreno, se tomó la decisión de mantenerla en el mismo sitio por dos razones: la primera, por cuestiones económicas –el cabildo, los frailes y la universidad (los principales opositores al traslado de la ciudad) habían invertido alrededor de 50 millones de pesos en sus recintos (García, 2004: 57) – y, la segunda, por una cuestión simbólica ya que “el nombre de México resonaba en todo el orbe y de trasladarse a otro sitio perecería la fama de la ciudad” (Everett, 1975: 38); además de la ventaja política y religiosa consideradas por Hernán Cortés al “edificar el nuevo imperio sobre las cenizas del viejo”, toda vez que éstas parecían ser mayores a sus desventajas (Everett, 1975: 16).

¹⁸ Enrico Martínez, encargado de construir entre 1607 y 1608 el Túnel de Nochistongo (primera obra de desagüe de la cuenca), señaló que las inundaciones de las que era objeto la ciudad tenían su origen en el cambio ecológico producido por los españoles. De esta forma, la deforestación, el pastoreo y la expansión de los cultivos generaron la erosión del suelo, cuyos sedimentos eran arrastrados por la lluvia hasta el fondo de los lagos, provocando el incremento en los niveles del agua y, por ende, la inundación de la ciudad (Everett, 1975: 11).

decisivos para que éstas se tornaran cada vez más violentas (Carballal y Flores, 2004: 33).¹⁹

Esta forma de atender el problema es la que ha imperado hasta nuestros días, de tal suerte que todas aquellas obras que se han emprendido con el propósito de acabar con las inundaciones contribuyen, con el paso del tiempo, a que éstas sean cada vez más disruptivas. Así, aunque se han presentado avances en materia de sismos e inundaciones, la lógica con la cual se ha gestionado estos riesgos no ha contribuido a reducir la vulnerabilidad que la ciudad y su población presenta; no sólo ante estos dos fenómenos, por las características con que ambos se manifiestan –dadas las particularidades del entorno–, sino ante nuevos escenarios de amenazas múltiples.²⁰

De esta manera, el escenario que produciría un sismo como el de 1985 o el colapso del sistema de drenaje de una de las ciudades más grandes del mundo, cuyo proceso no se ha detenido y seguirá creciendo hasta conformar lo que Gustavo Garza (2010) describe como la megalópolis de la Ciudad de México,²¹ tendría dimensiones inmensurables. De acuerdo con Eduardo Reinoso, debido a la extensión de la ciudad, un sismo como el de 1985 no sólo produciría afectaciones

¹⁹ Entre las principales inundaciones que experimentó la Ciudad de México se encuentran la de: 1382, 1449 y 1499 (las cuales originaron la construcción de dos diques), 1517, 1555, 1580, 1604-1607, 1615, 1623, 1627-1631, 1674, 1707, 1714, 1747, 1763, 1819, 1875, 1920, 1945, 1950's, 2000 (Chalco), 2009 (Valle Dorado en Tlalnepantla), 2010 (Chalco, Impulsora en Nezahualcóyotl y El Arenal en Venustiano Carranza) –véase Carballal y Flores, 2004: 33; García, 2004: 52 y Aréchiga, 2004: 64. Aunque, prácticamente, cada año se presentan encharcamientos o acumulación de agua, en diversas partes de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México (ZMCM), no todas son consideradas como inundaciones por las autoridades.

²⁰ Entendiendo por éstas aquellos escenarios en los que convergen distintas amenazas a partir de la ocurrencia de un fenómeno natural o antropogénico. En el caso del sismo de Japón, en marzo de 2011, convergieron: un terremoto, varias réplicas, un tsunami, problemas nucleares, la activación de volcanes, nevadas, incendios y el colapso de servicios públicos (Lobo, 2011).

²¹ La misma estaría constituida por las Zonas Metropolitanas (ZM) de la Ciudad de México, Toluca, Puebla, Cuernavaca, Querétaro y Pachuca, todas éstas adyacentes a la capital del país. De acuerdo con el autor, “la emergencia de la megalópolis, propiamente dicha, inició en los años ochenta cuando las ZM de la Ciudad de México y de Toluca se traslaparon. Se considera que esto ocurre cuando algunos municipios de dos o más ZM son limítrofes, esto es, que las zonas se unen mediante alguna(s) de sus unidades administrativas. En los años setentas, la ZMCM incorporó al municipio de Huixquilucan, Estado de México; mientras que, en los ochentas, el municipio de Lerma se anexó a la ZM de Toluca. Ambas municipalidades tienen límites comunes, lo que dio inicio a una gran aglomeración que se puede denominar como la megalópolis de la Ciudad de México [...] Es muy probable que antes de 2020 se incorporen plenamente a la megalópolis Cuernavaca y Pachuca; hacia 2030, Puebla y Tlaxcala; y Querétaro y San Juan del Río en la siguiente década, para constituir una megalópolis de 37 millones de personas hacia mediados del siglo XXI” (Garza, 2010: 46). Sin embargo, como lo señala la ONU-Habitat, éste no es un proceso único de la Ciudad de México o del país, sino una tendencia mundial con procesos de mayor escala en los que se plantea el surgimiento de mega-regiones en lugares como China (donde Hong Kong-Shenzen-Guangzhou conformarían una mega-región con 120 millones de habitantes), Japón (donde Tokio-Nagayo-Osaka-Kyoto-Kobe tendrían 60 millones de habitantes para 2015) y Brasil (donde Sao Paulo-Río de Janeiro concentraría a 43 millones de personas) (ONU-Habitat, 2008: 8).

en las zonas ya conocidas, también generaría afectaciones en áreas periféricas en las que no se han presentado daños anteriormente (Reinoso, 2010). Además, en algunos casos, se ha verificado una falta de observancia a la normatividad en materia de estructuras sismo-resistentes;²² así como el surgimiento de nuevos problemas que suelen ser reconocidos sólo después de que ocurre un sismo. En el caso del colapso del sistema de drenaje de la ciudad, esto significaría la inundación de aproximadamente 164 y 217 km² en los que habitan 4 millones de personas con niveles de hasta 5 metros de altura de aguas negras, en algunos puntos (CNA, 2010: 69).²³

Desastre como paisaje

El desastre es una forma de paisaje que deja al descubierto la compleja estructura social que subyace al interior de una comunidad o de la sociedad, porque hace evidente la vulnerabilidad de las personas, de la ciudad o del gobierno, ante ciertas circunstancias, y muestra el tipo de relaciones sociales que se construyen tanto a su interior como la que se establece entre sociedad y gobierno.²⁴ En el caso de los sismos de 1985, éstos permitieron mostrar las pésimas condiciones en que se encontraba el equipamiento urbano, la falta de preparación de las autoridades para hacer frente a este tipo de contingencias y las deplorables condiciones en que vivían grandes segmentos de la población.²⁵

²² De acuerdo con un estudio realizado por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) a 50 edificios construidos en los últimos 10 años, en aquellas zonas afectadas por los sismos de 1985, entre 15 y 20 por ciento de las estructuras no cumplían con las normas de construcción en la Ciudad de México. El Universal, 20 de marzo de 2011, "Edificios en el DF incumplen normas antisísmicas", sección Metrópoli.

²³ Además de la CNA, se consultó el reportaje especial de El Universal titulado "Drenaje a Prueba". URL: http://www.eluniversal.com.mx/graficos/especial/EU_drenaje/

²⁴ Sanders señala que en el caso de las explosiones de San Juan Ixhuatepec (San Juanico) y los sismos de 1985, la forma en que actuaron las personas, individualmente y no a través de las vertientes organizativas formalmente constituidas (como los comités de manzana y delegacionales), dejó al descubierto la relación que existía entre el Estado y la población civil. De esta forma, "la desestructuración que el gobierno presentó, ante las situaciones de crisis", no obedecía a una falta de éste; sino a la ausencia de un quehacer gubernamental ante la emergencia, vacío "que evitó el desarrollo de la energía ciudadana como la expresada a través de la solidaridad" (Sanders y Zapata, 1990: 18).

²⁵ Si se observa el concepto de vulnerabilidad global, empleado por Wilches-Chaux, estos elementos reflejan las diferentes formas de vulnerabilidad que presentaba la población de la Ciudad de México en 1985.



Eje Central. Alfredo Jacob (en Cuauhtémoc Abarca)



Eje Central. Andrés Garay (en Cuauhtémoc Abarca)



Edificio Nuevo León, Conjunto habitacional Nonoalco-Tlatelolco. Marco Antonio Cruz (en Cuauhtémoc Abarca)

Aunque las imágenes revelan el paisaje triste y desolador que presentaba la Ciudad de México, parcialmente destruida, durante esas primeras horas del 19 de septiembre de 1985, éstas no permiten dimensionar la experiencia que los mismos

produjeron en sus habitantes; pero descripciones como la de Monsiváis proporcionan una visión amplia sobre lo que éste representó:

El sonido de los desplomes, las imágenes de los derrumbes, las poses fantásticas de los edificios al reducirse a escombros. Paulatinamente, en un lapso de dos o tres horas, los habitantes de la ciudad se asomaron a la dimensión de lo ocurrido, los hoteles y condominios en tierra, las escuelas y hospitales desvencijados, la precipitación del gran edificio de Tlatelolco, las miles y miles de víctimas, la respuesta masiva ante el desastre. Se implantan los términos que en los casos extremos cubren las dos funciones: descripción y síntesis, evaluación y pena: Tragedia, bombardeo, catástrofe, vocablos que son declaraciones de impotencia ante las fuerzas naturales, pesadumbre que al magnificarse se precisa, relatos que ya no necesitan extenderse. El primer panorama lo proporcionó la radio, entre otras razones, por estar sin luz gran parte de la ciudad y por hallarse Televisa cinco horas fuera del aire. La coordinación informativa de la radio hizo posible una visión de conjunto, que la experiencia personal complemento: tráfico congestionado, la colonia Roma cruelmente devastada, el primer cuadro zona de desastre, en un radio de 30 km cerca de 500 derrumbes totales o parciales, cuerpos mutilados, noticias sobre la desaparición de grupos enteros de estudiantes, turistas aislados en su desamparo, hospitales evacuados, cuadrillas de socorristas y voluntarios, familiares desaparecidos, crisis de angustia en las calles, gritos de auxilio provenientes de los escombros, demanda de ropa, víveres y medicina, solicitud prodigada de calma. Poco a poco, el miedo cedió paso (o coexistió junto) al dolor, la incertidumbre, el deseo de ayudar, al azoro. La peor catástrofe de la Ciudad de México (Monsiváis, 2005: 62).

En un instante las seguridades se trituran. Un paisaje inexorable desplaza al anterior. Cascajo, mares de cascajo, varillas, la desolación es el mar de objetos sin sentido, de edificios como grandes bestias heridas o moribundas. El llanto desplaza a la incomprensión. El azoro anula el llanto. En los rostros lívidos las preguntas se disuelven informuladas. El dolor asimila el pasmo. El pasmo interioriza el sentido de tragedia. Absortos, los sobrevivientes peregrinan, ansiosos de un punto de apoyo confiable para su mirada. Los testimonios, con ligeras variantes, siguen una línea fija, la de la angustia extrema entre las convulsiones de la tierra, el crujido de los edificios, las demoliciones de la naturaleza, las escenografías del asolamiento: los instantes previos al temblor, la sensación intraducible del miedo, el proceso de la salvación individual, las anécdotas del rescate, la culpa y alegría de estar vivos, la preocupación indetenible por los demás (familia, amigos, vecinos), la prisa en el rescate de los seres próximos o perfectos desconocidos, el enfrentamiento a la autoridad, la crisis de impotencia, las primeras conclusiones morales y políticas (Monsiváis, 2005: 69).

Pero este paisaje también se compone por una infinidad de experiencias que en algunos momentos se alejan y en otros se acercan a la representación más amplia. Como lo refiere un documento oficial, “lejos de la zona afectada, grandes segmentos de la capital continuaron su vida cotidiana sin sospechar la magnitud de los daños causados por el terremoto. Para muchos fue un temblor más y una vez pasado el angustioso momento iniciaron sus labores rutinarias” (Sobretiro, 1986:

495). Este es el caso de Saúl, quien vivía en Tlacotalpan, colonia Roma Sur, el 19 de septiembre de 1985:²⁶

Estaba a punto bañarme cuando empezó el temblor, comenzó a vibrar el edificio y los vidrios, como no habíamos tenido un antecedente fuerte lo considere un juego [...] entonces, cuando el temblor se hizo más fuerte, nos asustamos²⁷ porque inició el movimiento ondulatorio. Ni para correr, andábamos como borrachos, como pudimos salimos al garage. Después vinieron los sonidos, oímos el desplome de vidrios, un fuerte golpe (pensamos que se había caído una parte del edificio, al menos eso creímos). Cuando terminó el sismo me metí a bañar [...] inspeccionamos todo, en las escaleras: los cubos de luz (tragaluces) se dañaron, todo estaba cuarteado, los mosaicos se habían desprendido –creo que ese fue el golpe que oímos–, también inspeccionamos el gas para verificar que no hubieran fugas, porque olía mucho a gas [...] Pensamos que no había pasado nada. Me fui a la universidad pero al llegar ahí nos sacaron. De regreso todos los camiones estaban llenos, entonces, un amigo propuso que fuéramos a su casa en San Ángel. En ese trayecto los periódicos, la última noticia del Excélsior, describían el escenario que el sismo había producido. En su casa, pudimos ver por televisión los problemas que se habían presentado.²⁸ Aunque en mi trayecto a la universidad vi desplomado un edificio, consideré, tan sólo, que era uno mal construido –esa fue mi imaginación en ese momento [...] En el trayecto a casa se percibía un olor raro: entre sangre, podrido, tierra, de todo [...]

De esta forma, la experiencia de Saúl y la descripción de Monsiváis permiten hacer referencia a la idea de paisaje aquí expuesta. Precisamente, aunque en ambos aparece el mismo paisaje, la indiferencia y experiencia que el desastre deja en cada uno de los individuos contribuyen a la construcción de un paisaje propio, en términos del imaginario individual; en el que las relaciones sociales, que subyacen a los mismos, muestran el tipo de vínculos que persisten al interior de la sociedad. Así, es posible observar situaciones de aparente normalidad a la cual otros no pueden retornar. Por lo que las experiencias que produce un evento no sólo no son las mismas, debido a que detrás de cada individuo persisten condiciones y grados de vulnerabilidad; sino que los paisajes (relaciones sociales) que éstos generan reflejan diferentes formas de sociabilidad, es decir, el paisaje físico y social que se deriva de un desastre es producto tanto del tipo de relaciones sociales que previamente existían como de la alteración que éste generará en las mismas.

Esta es una explicación del porque las personas, afectadas o no, enfrentaron de manera distinta esta situación. Mientras un número importante se aventuró ayudar a un prójimo desconocido, otras decidieron continuar con sus actividades.

²⁶ Entrevista realizada el 23 de octubre de 2011. En este caso, como en las demás entrevistas, el nombre ha sido cambiado para mantener la confidencialidad del informante.

²⁷ Indistintamente, nosotros es utilizado por el informante para referirse a la primera persona del singular y a la primera persona del plural.

²⁸ Debido a los problemas que sufrió la infraestructura de Televisa, la televisión estatal (Imevisión) fue la única que mantuvo, de manera continua, la emisión de su señal.

Ambos casos muestran las complejas relaciones sociales que conforman las sociedades y, sobre todo, el tipo de colectividad que se encuentra en las grandes urbes, particularmente en una como la Ciudad de México, en donde pueden coexistir fuertes lazos de solidaridad con acentuadas actitudes de indiferencia e ignorancia sobre lo que ocurre en otros espacios.²⁹ Si bien, se podría pensar que estas diferencias obedecen a las discrepancias entre contextos, es decir, al tipo de colonia (barrio) y heterogeneidad que existen entre éstas, el caso de El Arenal permite observar cómo estas diferencias, que parecerían corresponder a una escala macro (en términos socio-espaciales), se presentan, a su vez, a nivel micro; lo cual da cuenta de la distancia social construida y reforzada por el propio Estado, a partir de las intervenciones que realiza en el territorio y la forma en que da respuesta a las situaciones de desastre.

De acuerdo con algunas de las personas entrevistadas en esta colonia, la inundación que afectó en febrero de 2010 a El Arenal puede dividirse en dos tipos: lenta para la zona de El Arenal Puerto-Aéreo (casitas) y súbita para la cuarta sección. En el primer caso, Karina y Hugo señalan que, aun cuando el agua comenzó a invadir rápidamente sus viviendas,³⁰ la inundación inició alrededor de las 4 de la tarde, después de haberse enterado de la inundación de la cuarta sección; lo cual les permitió salvar gran parte de sus pertenencias, aunque no los exentó de pérdidas y afectaciones.³¹ Por su parte, en la cuarta sección el agua irrumpió aproximadamente a las 9 de la mañana, limitando la posibilidad de respuesta de muchos de sus moradores quienes, en algunos casos, ya habían salido de su domicilio, en otros, aún se encontraban durmiendo o alistándose para salir. En el mejor de los casos, con la incertidumbre y lo abrupto de este tipo de situación, tuvieron que tomar decisiones (en poco tiempo) sobre qué bienes poner a salvo y cuáles sacrificar, incluso, arriesgando su salud y la propia vida.



El Arenal Puerto-Aéreo (casitas). Acmed Hiram



El Arenal 4ª sección. Acmed Hiram

²⁹ Al respecto, El Universal recuperó las experiencias de diversas personas durante el sismo de 1985, en un foro creado a propósito de los 25 años del sismo, véase URL: http://foros.eluniversal.com.mx/w_detalle.html?tdi=8&rtdi=9898

³⁰ Entrevistas realizadas el 12 de enero de 2012 en la colonia El Arenal Puerto-Aéreo.

³¹ Por el tiempo en que tardó la inundación y lo referido por Karina, las autoridades pudieron haber reducido los daños registrados en casitas; sin embargo, decidieron apoyar a la población ya afectada, en lugar de prevenir y reducir las afectaciones que se producirían en esta zona.



"Tristeza tras la inundación". El Arenal, 4ª sección.
Acmed Hiram



Decisiones sobre qué salvar y qué sacrificar. El Arenal, 4ª sección. Acmed Hiram

Aunque algunas personas consideran que esta situación no pudo evitarse porque se tratan de actos divinos, fenómenos naturales, errores humanos, porque la infraestructura se vio rebasada o, simplemente, por una decisión política que buscó minimizar los costos de una inundación mayor o la afectación a otras áreas; ello no deja de tener implicaciones considerables para aquellas personas que, como Daniela, la inundación significó un doble golpe al ser afectada su vivienda (en la que perdió muebles, ropa y documentos) y su fuente de ingresos (una papelería que tiene en la colonia).³²

De repente se vino el agua, ni tiempo dio de recoger nada [...] La gente se quedó sorprendida de ver que el agua se acumulaba. Fue una cosa fea y triste [...] quienes viven en plantas altas tuvieron donde dormir pero uno, en planta baja, ni para donde correr. Aunque hubo mucha gente que ayudó [...] una ayuda muy bonita [...] algo que jamás había vivido [...] Cuando se fue el agua quedó un lodazal appestoso porque era agua de coladera, ¡imagínate toda asquerosa! Entonces toda la gente empezó a sacar sus muebles, en mi caso hubo dos muchachos que –en mi local– me ayudaron a limpiar todo porque olía muy feo. Incluso, las mismas muchachas (personal de la delegación) se exponían a todo –microbios, a lo que tú quieras–, con tal de ayudarnos; aunque las pérdidas fueron muchas [...] sólo fueron materiales. Después, de que limpiaron, vino el censo y aunque no nos ayudaron a reponer todo, si un poco

³² Entrevista realizada el 1 de febrero de 2012 en la colonia El Arenal 4a secc.

–ahora sí que de consuelo. Anduvo alguien del gobierno –no sé cómo se llama–, vio las calles, cómo estaba la gente y hasta eso se atrevió a ensuciarse porque gente como esa jamás pisa el lodo y él sí. También las enfermeras y médicos nos ayudaron mucho con vacunas, sueros, para uno como mujer, toallas femeninas [...] En mi caso perdí todo, todo lo tire, ¡imagínate agua de coladera! [...] También nos dieron alimentos, pues se inundó la cuarta y la tercera sección, ni para donde correr y decir voy al mercado a comprar, pues ¿dónde? y ¿fuera de aquí?, ¿para dónde corremos?, por lo que decidimos ir a los albergues, donde nos dieron alojamiento, alimento y apoyo que es lo que necesitaba la gente [...] La verdad, yo nada más pienso que llegue febrero – en los días que llovió, pues ya nos quedamos ciscados (con temor) – o cada que llueve me da por ver las coladeras porque fue de donde empezó a salir el agua, como si fuera una fuente, nos quedamos con una sensación de ¡ah dios mío, ojala y no quiera que vuelva a pasar esto! (una inundación). ¿Imagínate? ya pasamos una experiencia muy fea ¿y que volvamos a pasarla? como que no [...] El agua corrió por donde quiso correr hasta llenar todo. Supuestamente metieron drenaje nuevo y empiezan a limpiar las coladeras para que no vuelva a pasar lo mismo pero, mientras, ya estás con el miedo de haber cuándo llueve fuerte y se vuelve a inundar. Mucha gente, cuando empieza a llover fuerte, está con el miedo, ¿haber que tubo se va a reventar o de dónde nos va a llegar el agua?, al menos es lo que me pregunto. Luego digo ¡ah dios mío! que no llueva fuerte y si llueve que las coladeras estén limpias y que no se vaya la luz, porque yéndose la luz ya no funcionan las máquinas para el desagüe y dices: ¡en nombre sea de dios!, ¡que pase lo que tenga que pasar! Por eso febrero de 2010 es inolvidable para nosotros [...] Llegué a los 6 años y jamás había visto algo así, y vivíamos a un costado de la laguna que era un desagüe de todo [...] luego dicen: ¡se está llenando el río de los Remedios!, te juro que tiemblo porque es el mismo desagüe y llenándose el río también nos afecta. Pero tú mismo te dices, ¡no!, no va a pasar nada, porque imagínate ¿qué en cada inundación se pierda todo?, ¿imagínate, para volver a reponerlo?, ¿de dónde? Porque el gobierno te ayuda, pero no a solventar todos tus gastos, nada más te da 7 - 8 mil pesos y háganse bolas a ver cómo le hacen [...] cada vez que llueve ni puedes dormir porque estás esperando la hora en que se llena el río de los Remedios o la laguna [...] Aunque había luz (durante la inundación) y estabas al acecho, nos robaron en un ratito que nos fuimos a refugiar. Otros ven la desgracia y lo primero que hacen es ver cómo sacar las cosas y no se vale, perdido todo y que haya gente más abusada que se lleve tus cosas, no es justo [...] cuanto tiempo ha pasado y no me puedo reponer [...]

Como se observa, las afectaciones de un desastre no sólo tienen repercusiones económicas sino emocionales y en el tejido social que afectan, por ende, el tipo paisaje que se (re)construye a partir del desastre.

Lorena: *[...] sigue latente el peligro, por eso, todos en la colonia rezamos cada vez que se pronostican lluvias por varios días, pues sabemos que la red de drenaje es insuficiente para desalojar la cantidad de lluvia que ahora está cayendo [...] Llegué a esta colonia hace 34 años, cuando ya existían todos los servicios. La verdad no está mal, a la mayoría de los que vivimos aquí nos gusta, nos sentimos céntricos. Todos los días vemos la diferencia de vivir en el DF, con respecto al Estado de México (Edomex), nuestras escuelas están invadidas de gente del estado (Edomex) que busca lo mejor para sus hijos, el transporte es dimensionalmente diferente y, así, te podría enumerar mil diferencias. Otro ejemplo son las inundaciones que vivimos, aunque ya tuvimos un antecedente hace algunos años no se compara, en nada, con la última. La atención*

del gobierno del DF fue muy buena porque tuvimos múltiples beneficios, aunque la gente más pobre no pueda decir lo mismo. Pero bueno, tengo amigas que se inundan año con año en el Edomex y jamás han tenido todo lo que a nosotros nos dieron, aunque tampoco es gracia que nos vuelva a pasar [...] te menciono la gente pobre porque es la que, regularmente, sólo tiene un nivel en su casa y ante la inundación tuvieron que desalojar sus viviendas hasta que el agua bajo. No podían quedarse en sus viviendas porque lo perdieron todo, así que venían limpiaban y se iban. A los que entregaban la ayuda no les importaba la gente, algunos con tal de acabar rápido repartían de más [...] esta zona es muy participativa en las elecciones, creo que por eso nos dieron de todo porque es una zona, electoralmente, muy importante [...] En algunos casos, la ayuda fue excesiva porque gente que vive en planta alta y no perdió nada se les dio mucho y hasta doble cheque o más, pues mucha gente tiene hijos que aunque no viven aquí conservan su dirección oficial. En cambio, la gente que dejó su casa le fue difícil coincidir con los señores del seguro [...] sobre inundaciones creo que tengo más experiencia de la que quisiera tener, porque en el centro de la colonia tuvimos por mucho tiempo problemas de inundación y cada que había alguna lluvia fuerte era seguro que nos inundáramos un par de horas o hasta medio día y hasta por 50 cm. Entonces, yo tenía un negocio y eso me sirvió para prevenirme el día de la inundación en mi casa. Aprendí que si ponía un palo de escoba con un trapo a presión en la coladera evitaba que saliera el agua negra de ahí, a veces me inundaba pero era por el agua que caía de la azotea y que en nada se compara a la del drenaje, eso me daba oportunidad para proteger mis cosas. El día de la inundación, era un día normal, o eso aparentaba [...] Mis vecinos trataban de abrir las coladeras para que el agua tomara rumbo pero al observar la cantidad de agua que entraba por el bordo de Xochiaca supe, de inmediato, que nos inundaríamos; nunca imaginé que tanto. De inmediato tomé mis precauciones, con las coladeras y baños, entre mi hija y yo subimos al primer piso lo que pudimos [...]; llamé a mis amigas para prevenir las pero no creyeron que esto pudiera llegarles a ellas y lamentablemente tuvieron grandes pérdidas. El primer día fue el peor porque no teníamos idea de a donde llegaría el nivel del agua, hasta la noche no dejaba de subir, la incertidumbre fue horrible, todo era silencio y no había nada que hacer. El segundo día nos empezamos a comunicar entre vecinos por las azoteas, llegaron camiones con comida y despensa, yo tenía comida en el refrigerador por lo que la compartí con mis vecinos, nos manteníamos esperando que pasaran los camiones pero lamentablemente éstos no entraban en las calles, solo por las avenidas y ahí no todos alcanzaban la ayuda; aunque eso no les importaba a los que la repartían [...] Era horrible que los encargados de entregar la comida, la traían en bolsas grandes y la arrastraban en el agua sucia sin importar que se contaminara, los primeros camiones que pasaron solo nos aventaban la comida por lo que mucha se caía en el agua. Ese día nos enteramos que las autoridades estaban haciendo una lista de afectados y tuvimos que meternos al agua y atravesar toda la colonia, ahí fue cuando tomamos conciencia del nivel de daños, fue cuando surgió el desorden porque en el padrón de afectados no había ningún control. Hubo quienes se registraron varias veces, los vecinos reclamaron que tuviéramos que atravesar la colonia para obtener cualquier tipo de ayuda, por lo que tuvieron a bien ponernos un módulo de asistencia. Gracias a dios, contrató un comedor particular para que nos alimentara, déjame decirte que fue lo único bueno, porque los otros comedores eran atendidos por gente del gobierno y la comida era

como para perro. A nosotros nos tocaba comida de buena calidad [...] creo que el gobierno del DF puso mucho empeño en tratar de ayudarnos, pero es obvio que no tienen experiencia en este tipo de labores [...] Por un buen rato, la delegación (autoridades) estuvo desaparecida hasta que bajó el agua. Realmente los del gobierno del DF estaban organizados para la situación de la limpieza, tú sacabas escombros en el día y en la noche lo recogían; así durante varios días hasta que los de la delegación decidieron hacerse cargo pero no tenían los camiones necesarios, ni el lugar para llevar los escombros, por lo que la colonia, durante varios meses, estuvo hasta el tope de basura [...] Con respecto a nuestro estado de ánimo, el primer día fue el peor, luego, cuando empezaron a venir sentimos bonito que nos dieran agua o comida, dejamos de sentirnos solos, no porque necesitáramos las cosas sino por la atención. Lo que es muy triste es que en otras calles la gente fue muy egoísta y se peleaban o se echaban habladas –a ti ya te dieron y esas cosas. En mi caso, nuestra calle es unida y bromeábamos entre nosotros o salían comisiones a conseguir cosas como tortillas, a las colonias vecinas, y entre todos nos ayudábamos pero eso no pasaba en todas las calles [...]

De esta forma, el paisaje que muestra la mirada de Daniela y Lorena permite dar cuenta del escenario que generan los desastres, sobre todo, deja al descubierto la estructura social de la comunidad. La manera en que vivieron la inundación, las situaciones que se presentaron y las consecuencias de las mismas difieren de la visión de otros afectados porque ésta se encuentra mediada por la experiencia de los actores (trayectoria de vida) y aquellas que producen las inundaciones en los mismos. Mientras que Daniela recurrió a los albergues, Lorena se mantuvo en todo momento en su casa con su familia y Karina se trasladaba todos los días 40.6 km a Tecamac, en donde vive su hermano. Todas ellas en la búsqueda de un punto de apoyo, al que Monsiváis se refería en el caso de los sismos de 1985. De esta forma, el desastre permite ver las múltiples estructuras que se forman y operan al interior de la sociedad. En algunos casos se decide recurrir al gobierno, en otros a la familia y, en otros más, a la misma comunidad; no obstante que todos ellos pertenecen al mismo barrio y son afectados por el mismo problema, su reacción y respuesta difiere en función del tejido social que conformaron.

Haciendo visible lo invisible

Bajo la premisa de que toda crisis, en este caso generada por un desastre, es una ventana de oportunidad que permite alterar las condiciones existentes, incluyendo los espacios de participación para los sobrevivientes (Aldrich, 2011: 61); se puede señalar que en los sismos como en las inundaciones, aquellos que hasta entonces habían sido invisibles, para la sociedad y el gobierno, se vuelven visibles. Y aunque sus condiciones de vida o la relación gobierno-sociedad no se transformen de manera radical, estos segmentos de la población logran, por un momento, ser sujetos de atención; lo cual difiere de otros casos en los que, o bien, la recurrencia con que se presentan daños y afectaciones parecen ser naturalizados por los propios actores o, el proceso opuesto, ante la falta de un reconocimiento social y/o político, estas situaciones, igualmente excepcionales, carecen de atención.

En el tema de las inundaciones en El Arenal, las experiencias recuperadas señalan claramente la visibilidad que las mismas le dieron a una población regularmente

marginada. Si bien, la mayoría reconoce pérdidas mayores a los apoyos que, por concepto de indemnización, recibieron; también admiten que, en muchos de los casos, la ayuda fue superior a las necesidades de las personas. Esto obedeció a un afán de protagonismo de las diferentes instancias gubernamentales.

Por un lado, las autoridades centrales (Gobierno del Distrito Federal) desplegaron todos los programas sociales con que cuenta –programa de desempleo, unidades móviles de salud, comedores, entrega de apoyos económicos a través del instituto de vivienda y el seguro contra desastres. Mientras que las autoridades locales, aunque no podían competir con las autoridades centrales, también buscaron una forma de hacerse presente con la entrega de alimentos, productos de limpieza, despensas, apoyo a la población en tareas de limpieza, entre otras formas de asistencia.

No obstante que ambos niveles de gobierno emanan del mismo partido político (PRD), forman parte de corrientes distintas; lo cual parece explicar la aparente competencia entre estos órdenes de gobierno y la falta de coordinación en las tareas de atención, sometiendo a la población a una sobreexposición que les permitió el acceso a una serie de servicios que bajo otro escenario no hubiesen obtenido.³³ Asimismo, hubo actores, como Julio Cesar Moreno,³⁴ que aprovecharon la coyuntura para hacerse presente al interior de sus bases políticas mediante la entrega de apoyos. Esto sin olvidar la presencia de organizaciones no gubernamentales, como la Cruz Roja Mexicana, que suelen auxiliar a la población afectada ante este tipo de situaciones.

³³ De acuerdo con Hugo: *En cuestión de comida, creo que nos dieron más de lo que la gente estaba acostumbrada a comer [...] nos daban despensas a cada rato y la verdad, si a alguien le fue mal con algunas cosas, a la mayoría nos fue mejor con lo que nos dieron [...] mis respetos para el gobierno central (Distrito Federal), porque Armando Ahued, Martí Batres, Marcelo Ebrard y el secretario de seguridad pública no se despegaron de aquí, no dejaron de traernos cosas, mandarnos apoyo, vigilancia. Los servicios médicos llegaron y aquí se quedaron, no tiene mucho que se quitó el campamento de los médicos, después de un año todavía había servicio médico gratuito. A todos nos sirvió porque les hicieron mastografías a las señoras, pruebas de detección de cáncer prostático a los señores, exámenes médicos, electrocardiogramas. Todo gratis, te sentías un poco mal e ibas a consulta. Había una duda en los médicos y te mandaban a hacer los mejores estudios, traslados rápidos a los hospitales [...]*

³⁴ Julio Cesar Moreno fue jefe delegacional (2006-2009) y diputado local (2009-2012), en ambos casos, por el PRD.



**Marcelo Ebrard, Jefe de Gobierno del Distrito Federal.
La Jornada. José Carlos González**



**Personal de Julio Cesar Moreno.
Acmed Hiram**



**Alejandro Piña (A quién escuchan las personas),
Jefe delegacional de Venustiano Carranza. Acmed Hiram**

Sin embargo, esta visibilidad también reprodujo la segregación y discrecionalidad que impera en este tipo de espacios al beneficiar a ciertos grupos y excluir a

otros.³⁵ De acuerdo con lo referido por algunos entrevistados y lo reportado por otros afectados, en diversos medios de comunicación, hubo familias que pese a no presentar pérdidas o con un nivel mínimo de daños –por la zona en la que viven– recibieron los mismos apoyos que quienes perdieron su patrimonio. Por lo tanto, la forma en que intervinieron las autoridades en el registro de damnificados como en la entrega de apoyos económicos, derivados del seguro contra desastres que el gobierno capitalino contrató, contribuyeron a la edificación –en términos del tipo de relaciones sociales– de un determinado tipo de paisaje, en este caso, del paisaje urbano de la ciudad.

Esta situación ha llevado a los propios afectados a plantear la necesidad de establecer una diferenciación, aludiendo a un nivel de daños, que conlleva a un proceso de discriminación y distanciamiento al interior de la misma sociedad a través del señalamiento. A decir de algunos pobladores, aquellos que antes de la inundación no contaban con nada (muebles o pertenencias) resultaron beneficiados con los 8 o 15 mil pesos que el gobierno les entregó; en cambio, quienes contaban con una vivienda completamente amueblada esa cantidad no les sirvió para equiparla nuevamente. Con ello se hace visible, por un lado, la distancia social al interior de la comunidad y, por otro, el mal diseño e instrumentación de la política, la cual no permite, de facto, establecer una diferenciación aunque en los hechos la ejerce de manera discrecional, ya sea con fines políticos o con una lógica de grupo.

Asimismo, la distancia social, que en el discurso reflejan los actores, es una de las explicaciones sobre las distintas interpretaciones que se le dan a los procesos, aun cuando éstos han sido muy similares. Mientras que Lorena señalaba que la comida que recibieron personas como Hugo o Daniela era de mala calidad, esta última no la juzgaba así. De este modo, se podrían señalar diversas situaciones en las que los individuos valoran de manera diferente sus condiciones frente a la de otros; ya sea para colocarse en un plano superior, cuando consideran que su posición económico-social es mejor a la de otros, o para aludir una situación desfavorable, cuando las respuestas no son las esperadas.

En el caso de los sismos de 1985, éstos hicieron visibles no sólo las condiciones en las que se encontraba la infraestructura o la falta de preparación de las autoridades y su desdén por la población; también hizo visible la capacidad de la sociedad para organizarse, movilizarse y actuar sin la tutela del gobierno, haciendo posible lo que muchos autores han llamado el despertar de la sociedad civil. De esta forma, los sismos mostraron una infinidad de problemas sociales con los que diferentes segmentos de la población lidiaba cotidianamente ante la pasividad de las autoridades. Uno de ellos es el caso de las costureras, de las que Guadalupe Loeza recoge su experiencia (Loeza, 2005: 55):

³⁵ Un ejemplo de ello es el caso de Hugo a quien, a pesar de encontrarse dentro del padrón de damnificados, nunca le entregaron las indemnizaciones a las cuales era acreedor, mientras que el resto de sus vecinos las recibieron. Esto se debe a la forma en que está diseñada la intervención y respuesta de las autoridades ante este tipo de situaciones; la cual tiene como propósito desmovilizar a la población. Por lo tanto, es necesario renegociar privilegios entre grupos y actores sociales mediante la entrega diferencial de apoyos.

Margarita García: *los terremotos del 85 sólo fueron la gota que derramó el vaso e hicieron visibles las pésimas condiciones laborales, los abusos y las arbitrariedades que sufríamos nosotras, las costureras [...] estábamos más preocupadas por rescatar ya no a las sobrevivientes, sino de menos los cadáveres pero los dueños eran unos mequinos, unos desgraciados. Pusieron al ejército a cuidar sus máquinas, no fuéramos a robarles algo. El temblor sólo hizo pública nuestra situación e impulsó la lucha, de ahí el nombre de Sindicato 19 de septiembre* (Loaeza, 2005: 55).

Así, este tipo de casos suelen revelar actos de corrupción en la edificación de las estructuras, provocando su colapso por la mala calidad de los materiales, así como la falta de mantenimiento en edificios como el Nuevo León, en Tlatelolco, o en las vecindades antiguas en el centro de la ciudad. La combinación de todos estos factores, la respuesta tardía de las autoridades y el agobio que generaron cuatro años de crisis económica (Abarca, 2005: 24) detonaron en una inconformidad, por parte de diferentes grupos sociales, que el desastre hizo pública y visible.

En ese sentido, el desastre permitió externar no sólo las causas y consecuencias aparentes, sino las condiciones en que previamente se encontraban y en la que el desastre los dejó. Es por ello que éstos constituyen procesos que muestran, haciendo referencia a Wilches-Chaux (Wilches-Chaux, 1993: 12) y García (García, 1996a:7), las condiciones en que vive la sociedad y el tipo de relaciones que subyacen a ellas.



Marcha de los Tlatelolcas. Proceso (en Cuauhtémoc Abarca)



Damnificados. Pedro Valtierra (en Cuauhtémoc Abarca)

Desastre como productor de paisaje

Si bien el desastre es un tipo de paisaje que hace visible a aquellos que suelen ser invisibles en otro tipo de situaciones o contextos, presentándose como una ventana de oportunidad para ellos, también es un productor de nuevos paisajes. Además de brindar un espacio diferente de participación para los sobrevivientes, éste puede facilitar diversos cambios que no serían posibles o no tendrían el apoyo suficiente en un escenario distinto.

Como lo señala Naomi Klein, para Sri Lanka –afectada por un tsunami en 2004– o Nueva Orleans –devastada por el huracán Katrina en 2005–, el shock que produce este tipo de situaciones ha sido aprovechado para emprender medidas impopulares o dolorosas, incluso hay quienes consideran a éstas como una justificación para empezar de nuevo y pasar la página (Klein, 2010: 24).³⁶ Esto parecería ser el caso de los sismos de 1985, los cuales dejaron –tan sólo en la Ciudad de México– 3,300 edificios dañados y, aunque nunca se precisó un número de víctimas, se estiman que perecieron 6,000 personas; mientras que las pérdidas totales oscilaron los 4 mil millones de dólares, siendo 87 por ciento de estas afectaciones en infraestructura (Bitrán, 2001: 47).³⁷ Bajo este escenario se pueden considerar a los sismos de 1985, dada la magnitud de los daños y el tipo de intervención que requirió, como un importante productor del actual paisaje que presenta la Ciudad de México.

En ese sentido, los sismos sentaron las bases de la reconstrucción, los cambios y los referentes tanto en materia de normatividad, restricciones a la construcción de infraestructura y en el poblamiento de ciertas áreas como en el tipo de participación social, en el escrutinio del actuar público y en la supervisión de la seguridad en los inmuebles.³⁸ Además, la intervención del gobierno contribuyó a la construcción de un tipo de relaciones sociales al interior de la sociedad y, específicamente, de colonias como El Arenal Puerto-Aéreo; ya que en este caso se rompieron lazos sociales, construidos durante años, que generaron en muchos de los nuevos moradores una falta de pertenencia al espacio.

³⁶ En una lógica similar, Inam plantea que una crisis, como la que generan los desastres, debe ser reconocida y tratada como tal; ya que la falta de acción puede conducir a una desestabilización económica y política que pone en riesgo la permanencia del gobierno. Por esta razón, señala que “las crisis suelen ser invocadas como justificaciones para explicar la adopción y adecuación de las políticas públicas” (2002: 109).

³⁷ Los rubros más afectados fueron los edificios que ocupaba la administración pública (34 por ciento del total), vivienda (15.7 por ciento), salud (15.4 por ciento), educación (11.4 por ciento) y la pequeña industria y comercio (8.9 por ciento). Estas cifras cobran relevancia cuando consideramos la situación económica por la que atravesaba el país y que la población más afectada por los sismos fue la misma que venía sufriendo una constante erosión en sus ingresos. Asimismo, Bitrán presume que a consecuencia de éstos, en los 5 años siguientes a los sismos, la balanza de pagos presentó un efecto negativo del orden de 8.6 mil millones de dólares (Bitrán, 2001: 47).

³⁸ La ausencia de sismos importantes ha significado una oportunidad tanto para asumir riesgos como para cuestionar y supervisar obras, normas, reglamentos y acciones públicas como privadas, a la luz de la experiencia de 1985.

Si bien, autores como Inam (2002) califican la respuesta del gobierno a los sismos como medidas exitosas, es necesario considerarlas en un contexto más amplio para determinar los alcances y consecuencias de la misma. En ese sentido, Carbó identifica que los sismos fueron aprovechados para acelerar y retomar una serie de medidas políticas que habían surgido antes de los sismos pero que no habían logrado el consenso, ni el ritmo que la ciudad y el país requerían. Así, la planeación político-económica se vio reducida a un aprovechamiento circunstancial, un ejemplo de ello es la política de descentralización de la vida nacional (SPP, 1988: 364) –planteada en el Plan Nacional de Desarrollo (PND) 1983-1988–; la cual ya había revelado su ineficiencia en la superación de la concentración política, económica, administrativa y cultural que se daba en torno a la capital del país.³⁹ De esta forma, aprovechando el shock generado por la tragedia, “la política de descentralización recibía su oportunidad ante los edificios caídos” (Carbó, et al., 1987: 98).

Aunque la concentración no se ha podido revertir del todo, la información estadística parecería mostrar que, entre 1980 y 1990, la población del Distrito Federal presentó una reducción importante, con respecto a la tendencia mantenida desde 1950 y a las proyecciones de crecimiento que la misma sugería. Sin embargo, esta reducción es aparente, si consideramos que la actual Zona Metropolitana de la Ciudad de México (ZMCM) es resultado de un proceso de expansión que comenzó en los años 1930's y se intensificó en la década siguiente (Gracia, 2004: 111); la cual no sólo se ha mantenido,⁴⁰ sino que apunta a la conformación de una megalópolis. Debido a los datos, todo parece apuntar que esta política estaba destinada al fracaso desde sus inicios, toda vez que, contrario a lo que el gobierno habría esperado, los sismos no amedrentaron a los pobladores de la capital ya que una gran mayoría decidió continuar su vida en la ciudad.⁴¹ Por lo que se puede deducir que lo ocurrido con los sismos fue un proceso de reubicación de la población de las áreas centrales hacia la periferia de la Ciudad de

³⁹ De acuerdo con Gracia, esta centralización fue causada por el modelo de sustitución de importaciones, “basado en el uso intensivo de mano de obra en actividades industriales, la cual fortaleció un patrón de asentamiento poblacional concentrado en la Ciudad de México” (Gracia, 2004: 110).

⁴⁰ Los municipios absorbidos, tanto física como funcionalmente, por la ciudad concentran cada vez un mayor porcentaje de la población de la ZMCM; en 2000 ésta representaba 52 por ciento frente a 48 por ciento que vivía en el Distrito Federal (Gracia: 2004: 115).

⁴¹ Para Inam, parte del éxito del Programa de Renovación Habitacional Popular (RHP) consistió en construir en los mismos barrios afectados. “A pesar de la importancia de las políticas de descentralización, el gobierno optó por la solución políticamente aceptable de ayudar a la población afectada in situ. Esta estrategia también garantizó, quizá inadvertidamente, que muchas familias de bajos ingresos que vivían cerca de sus centros de trabajo no fueran afectadas por una reubicación forzada” (Inam, 2002: 129). Lo cierto es que no todos tuvieron la oportunidad de quedarse en sus barrios y que las bondades del programa no fue una concesión otorgada por el gobierno a la población sino resultado de una movilización ciudadana que reivindicaba su derecho a la ciudad, *a su ciudad*.

México –en algunos casos promovidos por las propias autoridades⁴² y, en otros, por decisión personal.

Una segunda tesis que se puede recuperar en Inam es la que plantea que el éxito que ciertas políticas logran, en momentos de crisis, se debe a la adaptación de rutinas institucionales, las cuales “suelen ser rechazadas o criticadas por considerarse burocráticas o inflexibles” (Inam, 2002: 108). Éste parece ser el caso de las cooperativas de vivienda, las cuales surgieron como una posibilidad para que vecinos que habitaban predios en mal estado pudieran adquirir los mismos. Pero la negativa de los dueños y las fallas del programa no permitieron que éste se constituyera en una solución al problema de la vivienda y al deterioro de aquellos inmuebles constituidos bajo el régimen de rentas congeladas.⁴³

Aunque no parece haber una referencia a éste, ni en el discurso oficial ni en aquellos documentos que dan voz a los diferentes actores involucrados en la reconstrucción, hay una serie de elementos que lo vinculan con la respuesta de las autoridades al problema de la vivienda, cuya atención se volvió impostergable a raíz de los sismos. Como lo señala Priscilla Connolly, “la respuesta del gobierno reprodujo los conceptos subyacentes a la política habitacional ejercida en las últimas décadas” (Connolly, 1987: 101), es decir, se recurrieron a fórmulas ya conocidas que derivaron en el Programa Emergente de Vivienda,⁴⁴ en sus dos

⁴² En enero de 1985 se emitió un decreto para promover la reubicación industrial fuera del área de crecimiento controlado (SPP, 1988: 368). Con lo cual se estimaba lograr una descentralización de actividades productivas y el traslado de la población vinculada con las mismas. Sin embargo, ésta no tuvo el impacto deseado, incluso después de los sismos, debido a los vínculos sociales, familiares y a las actividades realizadas por los demás miembros de la familia.

⁴³ Este régimen había mermado la condición de los edificios y desalentado la inversión privada en la construcción de vivienda para renta o el mejoramiento de la ya existente. Por lo que las autoridades decidieron instrumentar diversas medidas, desacertadas de acuerdo con los miembros de la industria de la construcción, para promover la edificación de vivienda nueva y el mejoramiento de la ya existente. Este programa exhortaba a los inquilinos a conformar cooperativas; sin embargo, en los hechos, éstos no tuvieron acceso a los mecanismos de financiamiento, requerían de dinero para obtener los créditos, era necesario que todos los inquilinos estuvieran de acuerdo en la adquisición del inmueble y que el propietario accediera a vender el mismo. Todo ello complicaba la transacción, entre otros motivos, porque muchos de los inmuebles carecían de una certeza jurídica (debido al fallecimiento del propietario y la ausencia de un documento en el que se establecía el traslado de la propiedad a sus herederos). Por su parte, los industriales de la construcción consideraban que no existían las garantías suficientes para los inversionistas pues la crisis constantemente modificaba las condiciones de los préstamos y el precio de los insumos para la construcción.

⁴⁴ El programa de Emergencia en su fase I, congeló todas las asignaciones de vivienda en cartera para destinarlas a los damnificados, lo cual significó una vía de atención inmediata sin ajustes mayores al programa de RHP. De acuerdo con Connolly, “este programa fue creado para atender a sectores específicos y limitados: residentes de la unidad Benito Juárez y Tlatelolco, cuya destrucción implicaba responsabilidades directas de organismos estatales”. Asimismo, el programa identificó a las familias provenientes de colonias de clase media como otro sector susceptible de créditos para vivienda. Sin embargo, se trataba de viviendas fuera de la ciudad, por lo general, de

fases,⁴⁵ y en el Programa de Renovación Habitacional Popular (RHP);⁴⁶ lo cual, como la misma autora vislumbraría, dejó huellas permanentes no sólo a la política de vivienda en México y al centro de la ciudad (Connolly, 1987: 119), también produjo otra serie de consecuencias tanto en el tipo de riesgos de desastres que se enfrentarían, en las relaciones sociales, en la propia estructura de la ciudad y en el paisaje que ahora vemos, ya que “al transformar el paisaje urbano se afectan los patrones de circulación, trayectos diarios y hábitos relacionados con el uso de las calles, del transporte público, de parques y de todos los espacios públicos” (Caldeira, 2007: 363).⁴⁷

Por otra parte, pese a que las acciones emprendidas por el gobierno en 1985 pueden considerarse como tardías, el discurso y su posterior respuesta reflejaron la existencia de una crisis ante la cual era necesario instituir una serie de medidas que restablecieran la armonía entre lo que es y lo que debía ser (Inam, 2002: 109). Por lo que en un mensaje a la nación, el presidente conminó a los mexicanos que, frente al luto y la tristeza, se reforzará la serenidad, entereza y el ánimo (Carbó, et. al., 1987: 88):

[...] renovemos nuestra voluntad de vivir y de restañar nuestras heridas. Estoy absolutamente seguro [...] que sabremos todos, mediante actos concretos y perseverantes, lanzarnos decidida y patrióticamente a las tareas de reconstrucción [...]

En este discurso se articula la construcción de un futuro que justifica las medidas emprendidas por el gobierno y que serán validadas por diversos actores como parte de un proyecto nacional.⁴⁸ De esta forma, Alfonso Hernández afirmaba en

menor tamaño y calidad (Connolly, 1987: 107). Por lo que no tuvo la aceptación que se esperaba, además del problema que significó acceder a los créditos.

⁴⁵ El programa de Emergencia en su fase II, se constituyó para cubrir las fallas que presentó la fase I y las insuficiencias del programa de RHP. De esta forma, “pretendió dar una solución a quienes sus viviendas no fueron incluidas en el decreto expropiatorio [...] en éste se convocaba a los interesados a solicitar su inscripción en el programa, lo que implicaba una mayor organización para lograr negociar la venta del terreno. Además, los beneficiarios se obligaban a pagar el costo del suelo y un enganche equivalente a 10 por ciento del costo de la obra” (Connolly, 1987: 118). Mismo mecanismo propuesto por las cooperativas de vivienda organizadas antes de los sismos de 1985.

⁴⁶ De acuerdo con Inam, en el programa de RHP participaron (en la planeación) los residentes de las áreas en cuestión. “El programa se enfocó a familias de bajos recursos que resultaron afectadas por el terremoto en la zona central de la Ciudad de México. Dicho programa consumió aproximadamente 55 por ciento del total del presupuesto para la reconstrucción y contribuyó con cerca de 56 por ciento de las unidades creadas después de los sismos” (Inam, 2002: 121). No obstante, no siempre fue posible mantener a las personas en sus barrios de origen pues la oferta de suelo era escasa para el número de familias que habitaban (regularmente en hacinamiento) las zonas colapsadas. Para tener una idea de cómo era la vida, antes de los sismos, en estas unidades véase a Oscar Lewis (2000), *Antropología de la Pobreza*.

⁴⁷ Aunque Caldeira se refiere a las estrategias de seguridad de los ciudadanos fortificados en los enclaves de Sao Paulo, estos cambios también pueden observarse en la relación que se establece con el espacio urbano después de un desastre.

⁴⁸ La coyuntura es aprovechada por el presidente para afirmar que ante una sociedad solidaria, responsable y fraternal, se tiene la seguridad de que se podrá salir adelante; “iniciando a la brevedad una tarea de reconstrucción nacional que mejorara cuantitativa y cualitativa muchas de las cosas

1987 que se tenía no sólo otro paisaje urbano sino una ciudad diferente; la cual estaba habitada, en sus zonas más auténticas y sensibles, por personas que a raíz del desastre habían tomado conciencia sobre la existencia de universos más complejos a los de su propia experiencia (De la Madrid, 1987: 24). Justificando el tipo de intervención y los cambios que la misma implicó; a decir de Hernández, los nuevos condóminos permitían a la población integrarse a un proyecto de desarrollo que, de acuerdo con él, involucraba y consideraba a la población. Por ello, señalaba que como habitantes de las nuevas unidades se tenía el compromiso de convivir, recuperar y consolidar el legado convivencial adquirido mediante el programa de RHP (De la Madrid, 1987: 22).⁴⁹

Por esta razón, se considera que los sismos y la respuesta a los mismos son determinantes en las transformaciones de la ciudad y su paisaje. Como lo señala Mabel Yescas, los sismos de 1985 marcaron la pauta de la planeación en la Ciudad de México,⁵⁰ siendo una prueba de ello el Programa General de Desarrollo Urbano del Distrito Federal (PGDUDF) de 1987 (Yescas, 2005: 24). En ese sentido, a pesar que en 2003 se dispuso la generación de mecanismos para la re-densificación, reciclamiento y aprovechamiento de áreas no saturadas, mediante programas que promovieran la producción de vivienda,⁵¹ en aquellas delegaciones donde estuvieran permitidas nuevas edificaciones para uso habitacional,⁵² el propósito de esta medida era la contención urbana en aquellas delegaciones que registraban las mayores tasas de crecimiento. Donde se ubica suelo de conservación y hacia donde creció la mancha urbana después de los sismos y como consecuencia de las acciones emprendidas a partir del PGDUDF de 1987.⁵³ En consecuencia, la necesidad de atenuar los problemas generados por los sismos postergó soluciones de fondo y creo nuevos problemas para la ciudad. Por lo que su paisaje ha estado sujeto a cambios sin un plan rector, de largo plazo, que articule las intervenciones que coyunturalmente se han realizado sobre éste; toda vez que no existe una visión de conjunto y la que se ha construido cambia con el gobernante en turno y con las coyunturas económicas.

que necesita la capital de la república y el país en su conjunto" (Carbó, et. al, 1987: 92). (El subrayado es una acentuación del autor sobre la cita de Carbó).

⁴⁹ Sin embargo, para Priscilla Connolly, "las características arquitectónicas de los prototipos de renovación rescataban poco de aquella fórmula tradicional de vivienda colectiva; más bien emulaban el departamento convencional a una escala reducida" (Connolly, 1987: 116).

⁵⁰ El Programa General de Desarrollo Urbano del Distrito Federal de 1987 menciona la importancia del centro histórico y de las delegaciones que habían sido afectadas por los sismos; planteándose, entre sus objetivos, acciones de renovación habitacional (Yescas, 2005: 21).

⁵¹ Cabe señalar que medidas como la re-densificación buscaban, a su vez, la recuperación y reconfiguración del espacio. Aprovechando la infraestructura y servicios existentes en las zonas centrales de la ciudad.

⁵² De acuerdo con Yescas, en aquellas delegaciones que presentan restricciones al crecimiento urbano, "el Gobierno del Distrito Federal ha otorgado créditos para la ampliación y mejoramiento de la vivienda pero no ha promovido la construcción de la misma" (Yescas, 2005: 25).

⁵³ Las delegaciones en cuestión son: Álvaro Obregón, Coyoacán, Cuajimalpa, Iztapalapa, Magdalena Contreras, Milpa Alta, Tláhuac, Tlalpan y Xochimilco.

Por lo que respecta al caso de las inundaciones en El Arenal, aunque éstas no tienen una relación causal directa con los sismos de 1985, la falta de planeación y la reubicación de damnificados en esta zona, cuyas características la hacen susceptible a inundaciones,⁵⁴ permiten establecer una responsabilidad de las autoridades al exponer a esta población (una vez afectada por los sismos) a diversos tipos de riesgos. El hecho de haber trasladado a una población que a raíz de los sismos no encontró cabida en aquellos lugares donde habían decidido asentarse, generó lo que Michael Cernea denomina el “abandono de los puntos de referencia simbólica”, toda vez que el rompimiento de los vínculos físico y psicológicos tiene repercusiones en la identidad cultural de la población y, por ende, en el tejido social (Cernea, 1995: 232); lo cual se puede observar en la estructura urbana de la colonia.

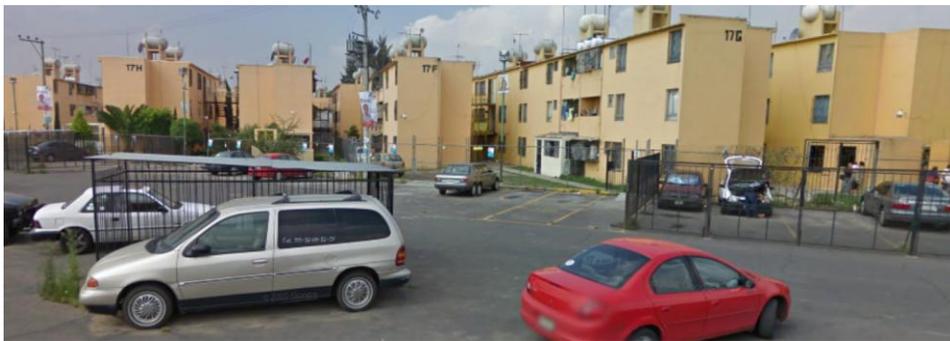


El Arenal. Google Map

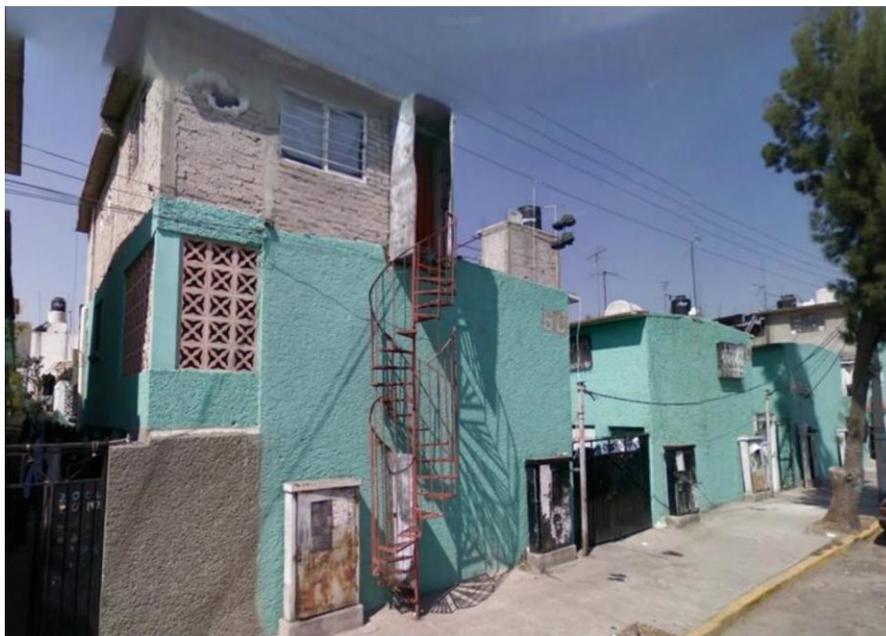
Al dividirse en cuatro secciones la colonia, se puede observar grandes contrastes que dan como resultado un tejido social diverso. En la tercera y cuarta sección se encuentran los moradores más antiguos cuyas edificaciones dan cuenta de procesos de autoconstrucción y ampliaciones, conforme aumenta el número de integrantes en la familia. Por su parte, la denominada unidad Fiviport presenta no sólo un contraste con las secciones antes referidas y con El Arenal Puerto-Aéreo (con quien colinda) sino a su interior se refleja una diferenciación que podría interpretarse como procesos de segregación acentuados, los cuales se exhiben mediante la necesidad de distar espacios o establecer límites territoriales (bardas, rejas, etc.). Mientras que en El Arenal Puerto-Aéreo, se tratan de viviendas unifamiliares de interés social que han sido modificadas por sus moradores: ampliando la construcción hasta donde ha sido posible, colocando rejas y portones en los corredores –volviéndolos intransitables para aquellos que su vivienda no se ubica al interior de los mismos–; combinando, así, las dos modalidades de

⁵⁴ Una infraestructura con capacidad limitada para desalojar grandes cantidades de agua, cercanía con una laguna que sirve como vaso regulador del sistema de drenaje de la ciudad y la proximidad con el río de los Remedios, a través del cual se canalizan las aguas residuales de la ciudad.

edificación que existen en la colonia (unidades con una misma estructura y la ampliación mediante la autoconstrucción).⁵⁵



Unidad Fiviport. Google Map



Arenal Puerto-Aéreo (casitas). Google Map

⁵⁵ Procesos que aumentan los riesgos de la población ante sismos, o incendios, debido a la falta de conocimientos y técnicas de construcción antisísmicas y a lo intransitable de algunos de los espacios apropiados, indebidamente, por los vecinos.



Arenal 4ª sección. Google Map

Esta diferenciación, además, se puede observar en el señalamiento de Karina sobre la decisión de no evitar la inundación en Arenal Puerto-Aéreo (casitas) para atender las áreas ya inundadas;⁵⁶ la denuncia de grupos beneficiados, debido a que no registraron pérdidas; la alusión de habitantes, de la cuarta sección, sobre la transformación de la colonia a raíz de la llegada de personas damnificadas por los sismos de 1985; o el reconocimiento de Hugo sobre la discriminación de la que fueron objeto cuando llegaron a la colonia.

[...] esta colonia nadie la conocía, al menos los que venimos, llegamos con el temor de la gente de afuera de la unidad, no nos dejaban salir, porque, según ellos, todos éramos rateros o prostitutas, porque veníamos de Tepito, del centro, de barrios bajos [...] después nos aceptaron, nos aprobaron [...]

Así, para los habitantes que llegaron cuando aún no se tenían todos los servicios, los residentes de menor tiempo son los causantes del decaimiento de su barrio; cuando los segundos, además de vivir segregados del resto de la colonia por bardas que dividen claramente al vecindario, se consideran excluidos por parte de los primeros.

Esto produce un tipo de paisaje en el que no es necesaria la edificación de barreras físicas, debido a que hay una distancia social entre los otros y los nosotros; la cual

⁵⁶ Karina: *estaba trabajando en la delegación en ese tiempo [...] ese día me llamó mi jefe, como a las 9 de la mañana, para decirme ¡se está inundando acá fuera! (en la cuarta sección), sal a dar una vuelta. Dije ¿se está inundando? [...] se me hacia una inundación de una calle, nunca imaginé el desastre [...] como a las 11:30 de la mañana, eran muchos los que venían a insistirme ¡vámonos que se está inundando! –en aquel momento ya estaba inundado allá afuera. Entonces salí y empecé a ver el desastre, ¡en verdad estaba inundado! [...] Para las 2 de la tarde, la colonia era un desastre, no había control de nada [...] a esa hora comenzó a llegar la gente de la delegación (autoridades). Dieron las 4 de la tarde y nos reunimos, no para tratar de hacer algo porque ya no se podía hacer nada, simplemente a tratar de sacar a las personas [...] hubo un punto en el que la jefa de la territorial dijo que en las casas que todavía no se inundaban se comenzaran a llevar costales de arena, pero a alguien se le ocurrió que no, que había que ayudar a los otros, y dije ¡por qué si yo todavía no me inundo! Para esa hora mi casa todavía no estaba inundada, porque lo último que se inundo fue aquí (casitas) [...]*

parece, en algunos casos, haberse ampliado a raíz de las inundaciones. Por ello, la llegada de las personas a El Arenal Puerto-Aéreo –rompiendo con vínculos familiares y relaciones sociales construidas por años–⁵⁷ se constituyó en un tipo de desigualdad, frente a quienes lograron mantenerse en sus mismos barrios. Primero, por el riesgo al que fueron expuestos 25 años después y, segundo, porque ello condicionó el tipo de paisaje urbano construido; siendo propensos a una mayor vulnerabilidad, toda vez que su falta de organización (vulnerabilidad política) los llevó a ocupar un espacio cuya conformación produciría una segregación social (vulnerabilidad social) y los enfrentaría a una inundación (vulnerabilidad física).

En el caso del Arenal toma sentido la noción de riesgo utilizada por Luhmann, en la que el riesgo es considerado como consecuencia de una decisión.⁵⁸ Pese a que algunas decisiones parecerían ser equivocadas; no obstante, pueden haber sido las correctas (Luhmann, 2006: 67). Así, aunque los efectos de una decisión no pueden identificarse en el largo plazo y algunas condiciones que suelen producir daños no logren ser atribuibles a una decisión, resulta evidente que sin ciertas decisiones no se hubiesen presentado determinados resultados (Luhmann, 2006: 72). En ese sentido, se pueden observar algunas de las implicaciones que resultaron de la forma en que las autoridades decidieron responder a los impostergables problemas que los sismos visualizaron; si bien, las consecuencias de las inundaciones no son del todo las mismas, ello se debe a que el reasentamiento de población no es un mecanismo que se haya implementado para todos los casos experimentados en la Ciudad de México.

Con base en todo ello, es concebida la relación entre desastre-paisaje porque, de acuerdo con Caldeira,

“el espacio construido no es neutro para la expansión de las relaciones sociales. Toda vez que la calidad del espacio ejerce una influencia sobre las interacciones sociales que allí ocurren. Aunque ésta no las determina completamente –ya que siempre hay lugar para diversas apropiaciones de los espacios y para la organización de acciones sociales que se oponen a aquellas moldeadas por las prácticas espaciales–, los espacios materiales (que constituyen el escenario para la vida pública) influyen en los tipos de relaciones sociales que son posibles en ellos” (Caldeira, 2007: 364).

⁵⁷ Oscar Lewis, describe claramente cómo funcionaban los lazos familiares, de amistad y compadrazgo; los cuales se constituyeron en una forma de capital social e identidad, por el cual lucharon diferentes comunidades después de los sismos de 1985. Como señalaba Alfonso Hernández en 1987, para el caso de Tepito, “las nuevas comunidades asentadas en sus nuevas viviendas reafirmaron su patrón de vida tradicional consolidando la dimensión humana del barrio” (De la Madrid, 1987: 22).

⁵⁸ Esta distinción resulta importante para Luhmann porque la misma “supone que hay una incertidumbre en relación a daños futuros. Por lo cual, se presentan dos posibilidades: Puede considerarse que el daño es una consecuencia de la decisión, y entonces se habla de riesgos (más precisamente del riesgo de la decisión); o se juzga que el posible daño es provocado externamente, es decir, se atribuye al medio ambiente, en cuyo caso, se habla de peligros” (Luhmann, 2006: 67).

Por eso, las intervenciones que se realizan en el espacio, después de un desastre, y las reacciones que la población tiene tanto al desastre como a la intervención, configuran un tipo de relaciones sociales en el espacio y, por ende, un tipo de paisaje.

Consideraciones finales

Para entender cómo se configuran los espacios es necesario considerar dos elementos que a simple vista parecerían contradictorios, aunque para los fines de este trabajo son complementarios. Por un lado, el argumento de David Harvey en el que refiere que a pesar de que la vista de Baltimore, desde Federal Hill, transmite una poderosa imagen de la ciudad, ésta no puede decirnos cómo es que se llegó a eso que nuestros ojos observan (Harvey, 2007: 144). Y, por otro lado, el planteamiento de Sorre sobre el hecho de que el conocimiento de los orígenes de la ciudad no es suficiente para explicar su estructura; por lo que el origen es un elemento a considerar entre muchos otros (Sorre, 1962: 12).

Por esta razón, los sismos nos permiten explicar, como un punto de referencia, muchas de las transformaciones e intervenciones que se han realizado en la Ciudad de México. Porque, además de constituirse en una ventana de oportunidad para la sustitución de espacios, fue una forma de reconstituir el paisaje; pese a no ser la mejor, es de la que se han valido, en diversos momentos, algunos gobiernos para emprender procesos de renovación o reconstitución de espacios. En este sentido, como lo plantea Zukin para los ambientes construidos, éstos pueden leerse como una especie de destrucción creativa con la cual se abren paso nuevos proyectos que edifican un tipo de paisaje que aspira a la homogeneidad global pero que tiende a la diferenciación local (Zukin, 1991: 4).⁵⁹

Por ello, se puede relacionar a los sismos en la Ciudad de México, por un lado, con un proceso de destrucción del paisaje y, por otro, con la construcción de otros espacios en los que no sólo se combina lo viejo con lo nuevo, también lo global con lo local; creándose así una combinación de elementos que atraviesan diferentes épocas, desde el siglo XVII al XXI, aunque refiriéndose cada vez menos a espacios concretos. En ese sentido, Sorre señala que tras la destrucción de la parte vieja de una ciudad, por una catástrofe, las ideas que dan forma a su nueva estructura no son las mismas que estaban vigentes cuando comenzó a crecer. Por ende, las nuevas edificaciones se sobre-imponen al diseño tradicional, dando paso a lo que éste denomina la creación continua de la ciudad (Sorre, 1962: 47).

⁵⁹ Esto se debe a que este tipo de intervenciones están mediadas por modelos globales cuya mirada está puesta en los escenarios internacionales, distanciándose en cierta medida del espacio local. Dichas modificaciones “se concentran en algunos edificios y ciertos elementos arquitectónicos que pueden ser re-significados, pasando por alto las relaciones sociales [...]” En ese sentido, la descripción de ellos parece ser la de espacios vacíos, cuando conforman un paisaje distinto al que concibe y construye este tipo de intervenciones urbanas (Leal, 2007: 29). Por lo que al no tener en cuenta la forma en que dichas transformaciones alteran las relaciones sociales, alteran tanto al espacio físico como al tejido social.

De esta forma, el ejemplo de los sismos e inundaciones muestran el tipo de paisaje que éstos generan y el que previamente existía, toda vez que ellos hacen visible la forma en que se relaciona la sociedad, no sólo con sus pares sino con el entorno, por medio de sus prácticas, a través de la dinámica que imponen las actividades cotidianas, suelen naturalizarse determinadas formas de relación social. Es decir, la “normalidad” que subyace a las actividades diarias plantea a éstas como algo dado e inalterable, hasta que fenómenos como los antes referidos, por un lado, exhiben las condiciones que propician la configuración de procesos de desastres y, por otro, posibilitan o plantean su transformación. Por esa razón, el paisaje que se recrea a partir de los desastres determina, en gran medida, nuevas formas de relación social que dispondrán un paisaje distinto en el que formas y significados adquieran un nuevo referente. Precisamente, como lo dejan de manifiesto las entrevistas, el paisaje que cada uno de los actores construye, a partir de su experiencia, es diferente al del otro. No sólo como resultado del proceso de desastre sino de una distancia previamente existe.

En el caso de las inundaciones en El Arenal Puerto-Aéreo, los múltiples paisajes que existían y que las mismas produjeron han sido resultado tanto de la forma en que intervinieron las autoridades, ante esta situación, como de la decisión de reubicar a algunos segmentos de la población, después de los sismos de 1985, a un espacio construido ex profeso pero que nunca fue integrado a la lógica y dinámica de la población previamente existente. Así, con el propósito de reproducir un paisaje y, por ende, un tipo de relación social, se combinaron diferentes estructuras de organización que conformaron en un solo espacio distintos paisajes; los cuales se volvieron evidentes con la exposición realizada por un nuevo desastre.

Por otra parte, es necesario señalar una diferencia entre la magnitud o el tipo de fenómeno, porque en el caso de los sismos de 1985, éstos tuvieron repercusiones no sólo para la ciudad sino para el resto del país –incluso, probablemente, para la región–, algo que las inundaciones aún no han producido.⁶⁰ Sin embargo, aunque es importante, el fenómeno no puede ser, por sí mismo, el determinante que explique las transformaciones o los resultados, toda vez que sismos de menor magnitud u ocurridos en otros estados no han generado los mismos efectos que se observaron en septiembre de 1985. Porque éstos fueron resultado de un tipo de dinámica social que, de manera acumulativa, produjeron ese tipo de paisaje y desastre. Incluso, las inundaciones en la ZMCM presentan esta misma condición, porque el paisaje que han producido no es el mismo; ya que, en la mayoría de los casos, éstas no generan mayores alteraciones o modificaciones al paisaje. Por lo que es importante considerar las formas de capital social que se producen al interior de los espacios, tanto antes como después de un desastre; ya que el paisaje es producto y, a la vez, productor del tipo de tejido social que se construye.

⁶⁰ Al igual que el gobierno, la respuesta que la sociedad da a uno u otro fenómeno son distintas. En el caso de los sismos, las personas suelen salir de sus viviendas para buscar refugio fuera de los inmuebles. Mientras que en las inundaciones, muchos permanecen en las mismas. Por lo que estas respuestas tienen diferentes impactos en el entorno y en el paisaje.

La particularidad que adquiere esta combinación de elementos, en la edificación de las ciudades actuales, es que posibilita el conocimiento de múltiples paisajes; los cuales se muestran en un mismo espacio, como si fuera un lienzo, en el cual arquitectos, diseñadores y actores sociales plasman su rúbrica a través del paisaje construido (Zukin, 1991: 17). Atributo que llega a ser sujeto de comercialización, toda vez que conforman y estructuran normas de inversión que son impulsadas por el mercado, la producción y el consumo.⁶¹ Razón por la cual, los proyectos de intervención urbana son definidos por grupos cuyo apoyo proviene de intereses locales que ven en su reputación una rentabilidad económica (Zukin, 1991: 47).⁶²

El problema con algunas formas de producción de la ciudad es que durante este proceso se deja fuera a sus usuarios, pero sobre todo a gran parte de la población; la cual parece producir un paisaje alternativo cuyas relaciones están generando, en ambos casos, riesgos ante diferentes fenómenos y en los que no hay una conciencia sobre las consecuencias de dichas intervenciones, haciéndose éstas evidentes una vez que se ha producido el siguiente desastre. Ante lo cual cabe preguntarse, sobre el grado de aprendizaje de éstas experiencias, ¿cuál será el impacto que producirá el próximo desastre por sismo o inundación?, ¿qué tipo de paisaje producirá? y ¿cómo reconfigurará el actual paisaje de la ciudad? Como lo muestran las siguientes imágenes, el paisaje de la ciudad no volvió a ser la misma después de los sismos, se llevó consigo recuerdos sobre ella, de sus habitantes e incluso del mismo desastre. Además, parecerían mostrar una cotidianidad que sugiere el haber olvidado la incapacidad que se tiene para hacer frente a éste tipo de fenómenos y los problemas sociales que se ocultan detrás de la misma “*naturalización*” que se hace sobre el entorno, creyendo que se ha logrado, nuevamente, controlar el riesgo de desastre.

⁶¹ Se podría decir que estos atributos se convierten en un factor de producción, es decir, lo que Garza denomina la ciudad como fuerza productiva. “La infraestructura y el equipamiento urbano, conceptualizados como las condiciones generales de la producción (CGP), constituyen el elemento rector de una función de producción urbana que incorpora los factores fundamentales que determinan la producción y productividad de la ciudad”. Además de la infraestructura energética, hidráulica, telemática, de transporte y vialidades, junto a edificios públicos, museos, parques, escuelas y hospitales. El autor considera también a la vivienda, establecimientos industriales y de servicios como los elementos constitutivos del tejido urbano; el cual no es fijo sino que “puede producirse ilimitadamente, de la misma manera que el capital fijo privado, constituyendo una forma de capital social sin el cual es prácticamente imposible realizar el proceso de producción mercantil” (Garza, 2010a: 87). En ese sentido, la imagen rubricada por arquitectos y diseñadores en el paisaje urbano, bajo los argumentos aquí vertido, se constituyen en un elemento más dentro de la función de producción de plusvalía de y en la ciudad.

⁶² Kris Old identifica estas características en su estudio sobre los Megaproyectos urbanos en el Pacific Rim y explica este proceso como una causa y consecuencia de la globalización. En ese sentido, menciona que las empresas transnacionales se interesan en grandes proyectos que les ofrezcan economías de escala que les permitan, a su vez, la producción de espacios urbanos que simbolicen su alcance e imagen global, siendo una forma de ello los megaproyectos urbanos. De esta forma, su participación no se limita a la identificación o compra de bienes raíces, también juegan un papel importante en la aportación de fondos –gracias a las relaciones que han establecido con inversionistas internacionales–; así como en la supervisión, el desarrollo y evaluación de estrategias corporativas. Además, trabajan en conjunto con firmas de abogados, contadores e instituciones financieras en todas partes del mundo; lo cual les facilita los movimientos de capital, la realización de negocios, la representación legal y una serie de servicios que requieren en cualquier parte del mundo (Old, 1995: 1716).

Construido en 1910, el Hotel Regis era un símbolo del lujo del siglo XX. En el terreno se construyó la plaza de la solidaridad, tras su colapso en el sismo de 1985.



Hotel Regis. El Universal / Plaza de la Solidaridad, Google Map

Televisa Chapultepec se desmoronó durante el sismo al igual que las oficinas de otros medios de comunicación.



Televisa, Chapultepec. El Universal / Televisa, Chapultepec. Google Map



Avenida Juárez. Andrés Garay (en Cuauhtémoc Abarca) / Avenida Juárez. Google Map

Bibliografía.

ABARCA CHÁVEZ, Cuauhtémoc, et al (2005), *20 años después. Los sismos de 1985*, México, PUEC-UNAM.

Acmed Hiram, "Fotografías de la inundación en El Arenal".

ALDRICH, Daniel (2011), "Between market and state: directions in social science research on disaster", *Perspectives on politics*, Vol. 9 No. 1, pp. 61-68.

ARECHIGA CÓRDOBA, Ernesto (2004), "El desgüe del Valle de México, siglos XVI-XXI. Una historia paradójica", *Arqueología Mexicana*, Vol.XII, Núm. 68, pp. 60-65.

BECK, Ulrich (2006), *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*, España, Paidós.

BITRÁN BITRÁN, Daniel (2001), *Características del impacto socioeconómico de los principales desastres ocurridos en México en el período 1980-99*, México, Centro Nacional de Prevención de Desastres (Cenapred).

CALDEIRA, Teresa (2007), "La implosión de la vida pública moderna", en Teresa Caldeira, *Ciudad de Muros*, México, Gedisa, pp.363-410

CALDERWOOD, Michael, "Actual ciudad de México", *Fotografía*.

CARBALLAL STAEDTLER, Margarita y María Flores Hernández (2004), "Elementos hidráulicos en el lago de México-Texcoco en el posclásico", *Arqueología Mexicana*, Vol. XII, Núm. 68, pp. 28-33.

CARBÓ, Teresa, Víctor Franco, et al (1987), "Las 'ventajas' del sismo", en Teresa Carbó, *Una lectura del sismo en la prensa capitalina*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (Ciesas), pp. 85-104.

Centre for Research on the Epidemiology of Disasters (CRED) (2011), "2010 Disasters in numbers", disponible en <http://cred.be/sites/default/files/PressConference2011.pdf>, reporte consultado en noviembre de 2011.

CERNEA, Michael (1995), "El reasentamiento involuntario: la investigación social, la política y la planificación", en Michael Cernea (Coord.), *Primero la gente. Variables sociológicas en el desarrollo rural*, México, Fondo de Cultura Económica (FCE), pp. 224-253.

COMISIÓN NACIONAL DEL AGUA (CNA) (2010), *Compendio del Agua de la Región Hidrológico-Administrativa XIII, edición 2010*, México, Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales (Semarnat).

CONNOLLY, Priscilla (1987), "La política habitacional después de los sismos", *Estudios demográficos y urbanos*, Vol. 2, Núm. 1 (5), pp. 101-120.

DE LA MADRID HURTADO, Miguel (1987), *A dos años del terremoto: hemos pasado por pruebas difíciles, hemos visto que podemos salir adelante, la reconstrucción ha templado nuestra voluntad y reafirmado nuestra confianza*, México, Presidencia de la República.

El Universal, hemeroteca digital del diario, enero de 2010 a diciembre de 2011, México.

ESTRATEGIA INTERNACIONAL PARA LA REDUCCIÓN DE DESASTRES (EIRD) (2009), *Terminología sobre reducción del riesgo de desastres*, Suiza, Naciones Unidas (ONU).

EVERETT BOYER, Richard (1975), *La gran inundación*, México, Secretaría de Educación Pública (SEP).

GARCÍA ACOSTA, Virginia y Gerardo Suárez (1996), *Los sismos en la historia de México*, México, Fondo de Cultura Económica (FCE).

GARCÍA ACOSTA, Virginia (1996a), "El estudio histórico de los desastres", en Virginia García Acosta (Coord.), *Historia de los desastres en América Latina I*, Panamá, La Red, pp. 5-22.

GARCÍA MARTÍNEZ, Bernardo (2004), "La gran inundación de 1629", *Arqueología Mexicana*, Vol.XII, Núm. 68, pp. 50-57.

GARZA, Gustavo (2010), "La transformación urbana de México, 1970-2020", en Gustavo Garza y Martha Schteingart (Coords.), *Los grandes problemas de México. Desarrollo Urbano y Regional*, México, El Colegio de México (Colmex), pp. 31-86.

GARZA, Gustavo (2010a), "La ciudad como fuerza productiva: desarrollo económico y competitividad", en Jaime Sobrino (Coord.), *Competitividad urbana. Una perspectiva global para México*, México, El Colegio de México (Colmex), pp. 51-93.

GIDDENS, Anthony (2004), *Consecuencias de la modernidad*, España, Alianza.

GRACIA SAIN, Ma. Amalia (2004), "El poblamiento de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México: análisis y empleo de una tipología explicativa", *Perfiles latinoamericanos*, Núm. 24, pp. 107-142.

HARVEY, David (2007), "Baltimore: Una vista desde Federal Hill", en David Harvey, *Espacios del capital: hacia una geografía crítica*, Madrid, Akal, pp. 144-173.

INAM, Assem (2002), "Crisis urbana y respuesta institucional en dos megaciudades. Lecciones del manejo de la devastación sísmica en las ciudades de México y Los Ángeles", *Estudios demográficos y urbanos*, Vol. 17, Núm. 1 (49), pp. 107-150.

KLEIN, Naomi (2010), *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*, España, Paidós

La Jornada, hemeroteca digital del diario, enero a diciembre de 2010, México.

LEAL MARTÍNEZ, Alejandra (2007), "Peligro, proximidad y diferencia: negociar fronteras en el Centro Histórico de la Ciudad de México", *Alteridades*, Vol. 17, Núm. 34, pp. 27-38.

LEWIS, Oscar (2000), *Antropología de la pobreza*, México, Fondo de Cultura Económica (FCE).

LINAYO, Alejandro (2009), "Vargas 99: Un punto de inflexión en la conceptualización y el tratamiento normativo del riesgo de desastres en Venezuela", documento consultado en <http://www.desenredando.org/public/varios/>, bajado el 16 de enero de 2012.

LOAEZA, Guadalupe (2005) "Costureras visibles", en Guadalupe Loaeza, *Terremoto: ausentes/presentes, 20 años después*, México, Planeta, pp. 55-60.

LOBO, William (2011), "Japón: la cara de las amenazas múltiples", entrevista realizada en el programa Información a todo riesgo, no. 20, disponible en <http://www.esnips.com/doc/42fb6c19-2ba9-4710-bc11-8e737c492873/Programa-Radial-20>, bajada el 4 de abril de 2011.

LUGO HUBP, José y Moshe Inbar (2002), "Desastres naturales en América Latina", en José Lugo y Moshe Inbar (Coords.), *Desastres naturales en América Latina*, Fondo de Cultura Económica (FCE), pp. 9-33.

LUHMANN, Niklas (2006), "El concepto de riesgo", en Niklas Luhmann, *Sociología del riesgo*, México, Universidad Ibero (UI), pp. 45-78.

MACÍAS MEDRANO, Jesús Manuel (1992), "Perspectivas de los estudios sobre desastres en México", en Virginia García Acosta (Coord.), *Estudios históricos sobre desastres naturales en México. Balance y perspectivas*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (Ciesas), pp. 63-76.

MITCHELL, James K. (Ed.) (1999), "Natural disasters in the context of mega-cities", en James Mitchell, *Crucibles of hazard: Mega-cities and disasters in transition*, Estados Unidos, Universidad de las Naciones Unidas, pp. 15-55.

MONSIVÁIS, Carlos (2005), "Los días del terremoto", en Carlos Monsiváis, *No sin nosotros. Los días del terremoto 1985-2005*, México, Era, pp. 61-166.

OLD, Kris (1995), "Globalization and the production of new urban spaces: Pacific Rim megaprojects in the late 20th century", *Environment and Planning A*, pp. 1713-1743.

ONU-HABITAT (2008), *State of the World's Cities 2010/2011*, Reino Unido, Earthscan.

REINOSO, Eduardo (2010), entrevista realizada en el Instituto de Ingeniería de la UNAM, 1 de diciembre de 2010, Ciudad de México.

ROJAS RABIELA, Teresa (2004), "Las cuencas lacustres del Altiplano Central", *Arqueología*, Vol XII, Núm. 68, pp.20-27.

SANDERS, Betty y Mireya Zapata (1990), "El duelo colectivo en situaciones de desastre", en Carmen de la Peza Casares y Beatriz Solís Leree (Coords.), *Organizaciones sociales*, Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), pp. 14-18.

SECRETARÍA DE PROGRAMACIÓN Y PRESUPUESTO (SPP) (1988), "Reconstrucción y descentralización de la vida nacional", en SSP, *Plan Nacional de Desarrollo. Informe de ejecución*, Antología de la planeación en México 1917-1988, México, Fondo de Cultura Económica (FCE), pp. 351-381.

SOBRETIRO DE LAS RAZONES Y LAS OBRAS. CRÓNICA DEL SEXENIO 1982-1988 (1986), *Terremotos de septiembre*, México, Fondo de Cultura Económica (FCE).

SORRE, Max (1962), *El paisaje urbano*, Argentina, Paídos.

SUÁREZ, Gerardo y Zenón Jiménez (1988), *Sismos en la Ciudad de México y el terremoto del 19 de septiembre de 1985*, México, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

UZÁRRAGA, Agustín, "La Isla de México en el siglo XVI", Fotografía disponible en <http://www.arqueomex.com/S2N3nCuenca86.html>, bajada en mayo de 2013.

WILCHES-CHAUX, Gustavo (1993), "Vulnerabilidad Global", en Andrew Maskrey (Comp.), *Los Desastres No Son Naturales*, Panamá, Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina (La Red), pp. 11-44.

YESCAS SÁNCHEZ, Mabel (2005), "Redensificar la ciudad central del Distrito Federal: una estrategia urbana planteada desde los años ochenta", en Mabel YESCAS, *La renovación habitacional en la colonia Nápoles a partir de la implementación de la política del Bando 2*, tesis de maestría en estudios urbanos, El Colegio de México (Colmex), pp. 20-26.

ZUKIN, Sharon (1991), *Landscapes of power: from Detroit to Disney World*, Estados Unidos, Universidad de California.